

*Ercole Lissardi*

**EL CENTRO DEL MUNDO**

El centro del mundo es el cadáver. Así dice un antiguo proverbio del lugar del que provengo. Con cada hombre que expira se apaga un mundo, y el cadáver –efímeramente magnífico en su belleza y pletórico de significados para quien deba leerlos- es el punto de fuga por el que ese mundo se abisma y desaparece. El cadáver es el instante de esplendor de un mundo que colapsa. Su supernova.

...

El cadáver estaba en el fondo de una hondonada, entre dunas muy altas. Las laderas de la hondonada eran tan escarpadas y la arena tan fina que se hacía difícil trepar para salir de ahí. Era un lugar ideal para el aislamiento y la meditación –sin necesidad de caminar hasta algún tramo desierto de la playa. Bien embadurnado con protector solar 45 y a la sombra de un auténtico panamá de ala ancha, bajaba Elías a ese averno a las horas más calientes. Allá abajo, sentado sobre una estera que apenas lo protegía de la arena ardiente, porque sí nomás, a mi entender, se concentraba en soportar toda la crueldad de que es capaz la naturaleza en esas latitudes a esa altura del año. Allí nadie podía vernos. Nadie vendría a distraernos –pero ¿de qué? de nada- más que el grito angustioso de alguna gaviota cruzando a las apuradas el firmamento.

Pudo haber descubierto el cadáver una pareja de adolescente, conocedores de aquel refugio inigualable, que casi de madrugada, borrachos y/o drogados, consumaron allí una larga tenida amorosa, muy completa en su variedad de suertes y de fantasías. De hecho el dedo meñique de uno de ellos –al que le correspondía en ese momento el rol pasivo-, al hundirse su mano en el precario apoyo que le ofrecía la arena fina, rozó algo enterrado que le parecía a la vez duro y peludo, y que era la parte superior del cráneo del cadáver. Y si no se detuvo el muchacho a ver qué había tocado, y si olvidó casi instantáneamente que había tocado algo, fue porque la intensidad de las sensaciones provenientes de su genitalia se lo impidieron.

También pudo haber descubierto el cadáver el grupete de párvulos que a menudo, temprano en la mañana –antes de la hora en que el sol lastima-, competían en la

espectacularidad de sus saltos olla adentro, y en la velocidad para trepar por las laderas. Si no les tocó a ellos el hallazgo fue porque siendo una mañana de viento muy fuerte, de sudestada, sus padres habían decidido tomarse un descanso de la cotidiana bajada a la playa. Las gaviotas, carroñeras de ley, pudieron haber tenido la fortuna de descubrirlo, pero no estuvo allí tiempo suficiente como para empezar a oler mal, y el viento lo había cubierto de arena lo suficiente como para que no lo vieran.

Cualquiera que desde la cresta de las dunas se hubiera asomado a la hondonada, a menos que anduviera muy distraído, habría visto el cadáver. La capa de arena fina que lo cubría mostraba en relieve, delicado –blanco sobre blanco- pero inconfundible, una silueta humana. Estaba tan cubierto de arena como si simplemente hubiera rodado ladera abajo, y el lento desmoronamiento de la capa más superficial de arena que arrastrara en su caída lo hubiera cubierto parcialmente. Pero claro está que no había sucedido así. No había rodado el cuerpo –ya cadáver o no- hasta el fondo de la hondonada. Si así hubiera sucedido la posición del cuerpo habría sido otra. No se lo hubiera hallado supino, con los pies bien juntos y los brazos pegados a los flancos, como si estuviera ya en su féretro; el mentón alzado y los ojos bien abiertos, mirando al cielo. Así como se lo encontró era más razonable concluir que, o bien se había acostado en la arena para morir apaciblemente, o bien la muerte lo había sorprendido apaciblemente acostado en la arena, y que luego, durante la noche, el viento lo había ido cubriendo muy de a poquito, tan de a poquito como cae la arena en una clepsidra. Así el viento va cubriendo los cuerpos en el desierto hasta hacerlos desaparecer por completo, como si la arena terminara por ceder bajo su peso y se los tragara de un solo bocado. Así, quizá, habría terminado por desaparecer completamente el cadáver de Elías si esta hubiera sido una zona menos poblada, y si el hallazgo no se hubiera producido tan pronto, y si la sudestada hubiera persistido varios días, cosa rara en el mes de febrero.

...

Elías era muy cuidadoso con su atuendo. Se vestía frente al espejo. Se abotonaba la camisa, se ajustaba el cinturón, se peinaba, se ataba los zapatos mirándose hacerlo. Burlándome le dije alguna vez que parecía como si sólo pudiera realizar esas sencillas maniobras mirándose hacerlas, tal y como algunos hombres sólo pueden hacerse el nudo de la corbata ante el espejo. Su expresión habitual era la de estar muy concentrado en

sus pensamientos. De pronto, en medio del atado de los cordones de sus zapatos alzaba la vista y se miraba a los ojos, intensamente, prestando atención, como si su reflejo le estuviera hablando.

En realidad, allí, en la intimidad de su dormitorio, a menudo era yo el que le hablaba. Es que sólo allí, y sólo a veces, prestaba atención a lo que le decía, o fingía prestarla. Circulaba por el mundo en tal estado de alerta, tan tenso, que era inútil decirle nada. Es cierto que, últimamente, demasiado a menudo cuando yo le hablaba era para hacerle advertencias. Elías estaba saliendo de la adolescencia, quizá algo tardíamente dada su natural introversión, y a menudo sus actitudes me desconcertaban, me ponían nervioso, me invitaban a imaginar peligros en realidad inexistentes. El peligro que en verdad lo acechaba estaba, por cierto, muy lejos de las posibilidades de mi imaginación. De manera que, dadas mis insistencias, últimamente había decidido llamarme Nuestro Señor de las Advertencias. Cuando le decía algo se miraba un momento a los ojos en el espejo, como si consultara consigo mismo si valía o no la pena contestarme y luego, sin decir palabra, seguía adelante con su minucioso acicalarse y ataviarse.

En ese momento de su existencia Elías, para mi gusto, se veía un poco afeminado. Demasiado lindo, demasiado delicado. Su nariz, fina y recta, angelical, diría si se me permite, no parecía hecha para los olores de este mundo. Su piel, de tan blanca translúcida, dejaba ver la red azulina de sus venas. Su cabello castaño claro, de rulos airosos, le daba el aspecto de un poeta de temas olímpicos. Sus ojos, de mirada dulce y soñadora, se nublaban demasiado a menudo contemplando la triste chatura del mundo en el que le había tocado vivir. Se sentía natural y razonablemente destinado a las alturas del Empíreo. Alimentaba su cuerpo ágil y esbelto muy selectivamente y sin grosería. Para su físico no le interesaba la fuerza sino la habilidad. Su deporte favorito era el bádminton, inclinación difícil de compartir en este país de futboleros.

Sí, quizá la manera en que lo describo suene un tantín impregnada de ironía. No puedo negar que me sulfuraba bastante la inutilidad de todas mis advertencias. La última cosa que hacía frente al espejo, antes de salir de su reducto, era abrocharse el primer botón de la camisa. Siempre, desde niño, desde que se vistió solo, se abotonó la camisa hasta lo más alto. Lo mismo con las remeras. Como si con ese primer botón cerrara su armadura y levantara su escudo. Es cierto que no tenía mucho que mostrar

desprendiéndose uno o dos botones de la camisa. Era lampiño, y sus pectorales no resultaban admirables. Quizá yo insistí demasiado al burlarme de esa pequeña manía. Recuerdo que una vez le sugerí que para dejar esos botones sin abrochar debería tatuarse un billete de cien dólares justo debajo de las clavículas. Irritándolo inútilmente con mis intolerancias fui perdiendo su confianza. Y, lo que a la larga resultó peor, él fue perdiendo el beneficio de mis advertencias.

...

Y ahora ahí está, con toda su belleza, definitivamente ensimismado, viviendo el breve y enigmático esplendor de los cadáveres.

Cadáver se llama al cuerpo desde que pierde la vida hasta que está preparado para el velorio. Si no hay velorio el cadáver se transforma en carroña. A partir del velorio se habla del difunto (o finado, o fallecido).

Cadáver refiere al cuerpo abandonado por la vida; difunto recupera al que se fue y olvida al cadáver.

El velorio es una puesta en escena en la que el finado ha sido convertido en una última imagen de sí a efectos de que performe el diálogo imaginario con sus deudos.

La breve vida del cadáver es el único tiempo en que el cuerpo sin vida tiene la palabra. Ese momento –mágico si los hay- en que el enigma de los enigmas nos habla, casi siempre el cadáver lo pasa entre extraños (policía técnica, camilleros, patólogos, empleados de funeraria). Así sucedió con el cadáver de Elías.

Se subraya a menudo la diferencia entre un rostro en vida y el mismo en muerte. El rostro de Elías muerto no resultó muy diferente del de Elías vivo. Quizá porque así como Elías era de pocas palabras, también era de pocos gestos. Y cuando en su rostro se dibujaba una expresión lo hacía tan difuminadamente que uno –aún yo, que estaba siempre en primera fila- se preguntaba si el gesto o la expresión no habrían sido más que una ilusión.

...

Tenía arena en el pelo, en los ojos abiertos, en la boca, en cada pliegue y repliegue ya no de su indumentaria sino de su piel y sus mucosas: en el ombligo, en las axilas, en los pendejos –de un castaño más rojizo que sus cabellos-, en el glande aunque cubierto por el prepucio, en los testículos –que parecían rebozados-, en el ano –que parecía taponado por la arena-, y hasta entre los dedos de los pies –aunque llevara puestos las medias y los zapatos. Pero bueno, es que no bajó desde el cielo hasta la hondonada entre las dunas. Ya venía enarenado cuando trepó y trepó para llegar a la cresta de la duna y después hundió los pies en la arena hasta los tobillos para descender. En fin, ya se sabe: la arena es como el agua, désele tiempo y viento y no hay rincón en el que no vaya a filtrarse. Y si tenía arena en los genitales supongo que se explica, además, porque tenía la pequeña manía –otra- de usar flojos los pantalones en la cintura –de hecho no soportaba ropa alguna que le apretara. Espero que le toque un féretro holgado.

Murió con los ojos abiertos, mirando las estrellas. Muy suyo. No es que tuviera vocación de astrónomo. Para él las estrellas significaban demasiado –a saber qué- como para incurrir en la frivolidad de estudiarlas. Significaban tanto que no dejaba puntualmente de reconocerlas en los ojos de las que lo enamoraban. “Veo a Sirio en tus pupilas” era capaz de decir. Y no era que se enamorara a menudo, ni fácilmente. A los veinte años de su edad y bello –a su manera- como era, sólo dos princesitas –de plebeyas ni hablar- conocieron con él los goces de la carne. No por mucho tiempo. Lo devoraba una necesidad insaciable de espiritualidad y trascendencia, y no tenía la paciencia que es menester para conseguir peras de un olmo. Otra vez –créaseme que sin dejar de ser veraz- supongo que estoy sonando irónico. Era lo que me unía a él en los últimos tiempos: una mezcla inseparable de amor –inevitablemente, ya que mirado en la perspectiva adecuada puede decirse que fuimos uno- e ironía. Dolorosa ironía, porque la ejercía sabiendo perfectamente a qué tipo de destino su carácter lo exponía.

...

De Clara se enamoró –maldito sea el momento- viéndola bailar en una discoteca. Nunca la llamó Clara. De inmediato la rebautizó Clarisa. Encontraba seguramente este nombre más romántico, más evocador. Era otra de sus pequeñas manías: cambiarle el

nombre a la gente. No cambiárselo por otro, sino modificárselo un poco, apenas, lo suficiente como para ejercer –imaginariamente en principio- sobre la identidad de esa persona una suerte de apropiación, de posesión, que podía tener muy distinto signo según el caso. Quizá un poco debido a su edad Elías era un tanto fetichista de la virginidad. Todo tenía que ser intocado, nuevo, exclusivamente destinado a él. Empezando por el nombre.

Clara, Clarisa bailaba, pues, aquella noche en aquella discoteca. Delgada en el límite de lo aceptable, melena corta y saltarina, rasgos delicados, y con una sonrisa infantil e irresistible en los labios y en los ojos. Bailaba con un sujeto más bajo que ella, bastante mayor, cuadradón e impasible, que la manejaba como un domador maneja a sus leonas. Clarisa bailaba dándose, entregándose sin límites al exhibicionismo sexual que proponía -o que le propinaba- el sujeto. Su danza no era mucho más que una serie de poses ilustrando distintas fórmulas de la fruición sexual. El tamaño del bulto del sujeto, el vestidito tipo pañuelito de Clarisa y sus expresiones extáticas –más involuntarias que fingidas- no dejaban demasiado espacio para la imaginación de lo que la pareja fuera a consumir una vez a solas. “Ella es hermosa, y es frágil” dijo Elías –a mí, su confidente, su más íntimo, su sombra, su otro yo- después de observarlos un buen rato. “Y muy puta” estuve a punto de agregar, pero me callé. Estaba decidido a achicar con las advertencias. Por supuesto, yo no supe en aquel momento que se estaba enamorando. ¡Y de qué manera! Dadas las circunstancias –su tan cacareado interés en lo virginal- era lo último que se me podría haber ocurrido.

...

En realidad la habíamos visto un par de días antes. El grupo familiar en pleno había bajado a la playa. Era media mañana y, fenómeno extraño en pleno verano, la costa estaba cubierta por una densa bruma. Me parece estarlos viendo ahora mismo. Todos vestidos de blanco, hasta los sombreros y los zapatos. Una pequeña manía familiar el color blanco. Encantados con aquella rara bruma que no dejaba ver el horizonte marino, ni las dunas, ni el roquedal hacia el Este, cerrando la playa. Encantados con el silencio, orlado por el discretísimo murmullo de las olas y rasgado por los gritos de las gaviotas.

Y de pronto: Clarisa, minúsculo vestidito rojo, chillando para escapar de su novio de turno, provocándolo. Su novio del día podría decirse. Un rubiecito, hijo de los vecinos, que la correteaba excitado, y que al pasar junto a nosotros saludó nervioso, como avergonzado, poniéndose colorado. Elías se quedó mirándolos, con expresión distraída, hasta que la bruma se los llevó. Tomó nota quizá de aquella damisela ágil, delgada y escandalosa, con aquella sonrisa de felicidad desatada en su boca grande y en sus ojos verdes, pero sin prestarle, aparentemente, demasiada atención.

Cuando desaparecieron en la niebla Elías se volvió hacia su padre y, como si no hubiera estado pensando en otra cosa, le pidió que le explicara los errores de ingeniería que se habían detectado en los Mercedes Benz. Era el tipo de pregunta que a Anatol le encantaba que le hicieran, de manera que tomando del brazo a su hijo, como si fuera a confiarle un secreto de hombre a hombre, se alejaron hacia la orilla donde, enfrascados en su tema, ni siquiera notaron que la última y mansísima lamida de una ola llegó a mojarles los zapatos.

...

Aquella noche, al salir de la discoteca, cruzando el estacionamiento, Elías volvió a ver a Clarisa con su domador de leonas. El sujeto había decidido no postergar más sus urgencias. Clarisa estaba apoyada sobre el capó de un Jaguar deportivo de colección, y el domador la penetraba desde detrás, no sabría decir por dónde, pero sin dudas que, por la razón que fuera, con dolor, visible, a pesar de la penumbra del lugar, en el rostro de ella, aunque de su garganta no escapara una sola queja.

Las miradas de Elías y Clarisa se encontraron. El domador vio que Elías se detenía para mirarlos, pero no lo inmutó su presencia. Clarisa miraba a Elías como la princesa prisionera del dragón podría mirar a su príncipe suplicándole que la rescate. Ahí sí: con la mayor de las sorpresas empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando. Y me asusté. Para un hipersensible como Elías toda la vida puede jugarse en un instante. Parado ahí, fascinado ante aquello, Elías recibía en pleno plexo solar, completamente abierto y permeable, toda la pasión de la supliciada. No tuvo, no tenía con qué filtrar el espíritu corrupto que se le metió en el alma. Yo era su filtro y en ese momento no supe qué hacer. Fallé.



“Es hermosa, y es frágil” balbuceó, para sí, no para mí. El domador, manejando a Clarisa del pelo, la arrodilló a sus pies poniéndola a mamar. Elías se alejó dejando tras de sí una estela de dolor y de deseo. No se puede intervenir entre dos copulantes aquiescentes, juicioso como era pensó quizá. Por lo demás —comprobó, seguramente que con pavor— deseaba y no deseaba hacerlo. No era la primera vez que Elías se reconocía una cierta capacidad para el dolor dulce. Pero nunca lo había experimentado en una circunstancia siquiera remotamente semejante a esta. Era la primera vez que comprobaba, in extremis, cómo el dolor dulce paraliza deliciosamente.

Son momentos en los que hay que actuar rápido. Antes de que se consume la primera cristalización. Yo tardé demasiado: me sorprendió su enamoramiento y me sorprendió la ola de dolor dulce en que lo sumió su deseo. En realidad mientras él huía permanecí contemplando la escena. Pude comprobar el ahínco con que la mujer arrodillada intentaba sosegar a su domador. Era urgente formularle al muchacho una advertencia en los más claros términos. “Elías” clamé, corriendo tras él. “Esa mujer no es para vos. No es para nadie, pero mucho menos para vos. Esa mujer es puro veneno. Llevate de mi consejo y olvidate de ella ahora mismo”.

...

¿Qué más podía yo hacer? Le hablé con la verdad y con las palabras justas. Pero Elías hacía como si no me oyera, como si sólo oyera el susurro de la brisa marina entre los pinos y el crujido de la grava que aplastaban sus pasos apurados. Ese, precisamente ese fue el maldito momento en que perdí a Elías, en que Elías se perdió para siempre: el momento en que vio a una minita carilinda dándose la paliza al aire libre, a la vista del público, en el estacionamiento de una discoteca de balneario. ¡Absurdo! ¡Ese no era su destino! ¡Ni el mío! Pero en ese momento fatal el alacrán del Diablo le punzó el alma a Elías. Y acabó también con toda mi esperanza, dejándome convertido en lo que soy, un alma en pena que se desfleca de a poquitos y que va a tardar bien poco en desaparecer del todo.

Claro está que en el momento, en ese maldito momento, aunque vi que la cosa era grave, me imaginé la gravedad más bien en términos estéticos, no en términos de

fatalidad. Vi que la cosa era grave, no vi que era de una vez, desde ya, desesperada. Capaz que hasta me frené un poco y no puse en juego todos mis recursos para salvarlo. Me comporté, para hablar claro, como un reverendo pelotudo

...

La que descubrió el cadáver fue Noelia, su hermana, su hermanita de doce años. Esa mañana, desde muy temprano, había estado tratando de descifrar los cuchicheos evidentemente atemorizados que intercambiaban sus padres. Porque Elías nunca pasaba la noche afuera sin avisar. Noelia había espiado las llamadas telefónicas que su madre, Sara, hacía intentando averiguar el paradero de su hijo. Almorzó con la tía y los primos, porque Anatol, ya a mediodía, finalmente salió en el auto a buscarlo, y Sara se encerró en el dormitorio.

Fue a esta altura de la cosa que, chupeteando una cuchara del helado que había de postre, de arándano, preparado por Imelda, el postre favorito de Elías, quizá porque por su mente pasó la palabra “favorito” en relación con Elías, Noelia recordó que Elías tenía un lugar favorito, un refugio secreto en la playa. No era que él se lo hubiera mostrado. Ni mucho menos. Un día, poco antes de venir al balneario, él la estaba hamacando en el fondo de la casa, en Montevideo, y ella, así nomás, porque desde hacía tiempo quería decírselo, le dijo que ella tenía un refugio secreto, y aunque él no hizo ningún comentario, distraído como era, ella le preguntó si él también tenía un refugio secreto, y él dijo que sí, que tenía, pero en el balneario. Ella le preguntó si le gustaría ver su refugio y él, distraído, dijo que no, que tenía cosas que hacer, y cuando ella, ya no reprimiendo su curiosidad, apenas llegados al balneario le preguntó si le iba a mostrar su refugio, él –como siempre, distraído- le dijo que no, porque si se lo mostraba dejaría de ser secreto. De manera que lo estuvo siguiendo, sin que él lo notara, hasta que comprendió que el refugio secreto de su hermano era allí, en la hondonada profunda, en la zona de dunas más altas, donde él iba a sentarse durante horas, sin hacer absolutamente nada, a punto tal que Noelia creía que su hermano iba allí a dormir siestas.

Apenas terminado el postre Noelia corrió hacia las dunas decidida a irrumpir en el refugio secreto de su hermano con la excusa de decirle que sus padres estaban

preocupados y que de postre había helado de arándano preparado por Imelda. Quizá trayéndole esas noticias no lo enojaría que ella supiera su secreto. Trepó las primeras dunas, las más bajas, y luego las medianas, y finalmente, jadeando y sudando, las más altas, pero cuando finalmente se asomó para ver dentro de la gran olla Elías no estaba allí. La sorpresa la dejó boquiabierta. No podía ser que no estuviera. Porque si no estaba allí ¿dónde estaba? Hubiera apostado todos sus tesoros a que allí lo encontraría. Inclusive hubiera apostado –por suerte no lo hizo, pensó, respirando hondo- la tetera de auténtica porcelana alemana antiquísima, sin la tapa, única pieza del juego de té de la abuela que se había salvado –semisalvado- del desastre que en un alarde de torpeza absoluta había ocasionado la nueva y más fugaz de las empleadas domésticas que jamás hubiera pisado su casa, tetera que entonces le había sido concedida a ella, para no tirarla directamente a la basura.

Cuando estaba empezando a asumir como un hecho categórico e innegable que su hermano no estaba allí fue que lo vio. Cuando su mirada venció el resplandor blanco de la arena lo vio. Vio la silueta del cuerpo apenas delineada en la arena. No podía sino ser él. Evidentemente se había dormido al sol, y la arena que el viento lanzaba al vacío desde la cresta de la duna había caído sobre él hasta cubrirlo. Noelia se deslizó por la ladera y aterrizó a su lado, empujando un poco más de arena encima del durmiente. “Elías” llamó, sin atreverse a levantar la voz y sin atreverse a tocarlo, y sin conseguir respuesta alguna. Se preguntó cómo podría dormir bajo la arena y cómo podía no oírla si le hablaba tan cerca del oído. ¿Era un juego? ¿Quería asustarla?

Pero ante todo ¿era él? Le quitó la arena del rostro hasta que estuvo segura. Segura de que era él e impresionada de lo inmóvil que era capaz de quedarse. Entonces fue que se asustó, al darse cuenta de que no tenía los ojos y la boca cerrados como debiera de tenerlos bajo la arena, sino abiertos. Pese a estar al rayo del sol del mediodía Noelia sintió un escalofrío. Aquello era incomprensible, y por incomprensible la aterró. Trepó la ladera tan rápido como pudo, huyendo de unos dedos afilados que estaban a punto de clavarse en sus hombros para arrastrarla y hundirla también a ella en la arena. Corrió hasta la casa dándose con los talones en el culo, pelándose las rodillas al aterrizar de panza sobre el pedregullo en la entrada del jardín, y soltando la noticia a gritos apenas abrió la puerta: Elías estaba en su refugio de las dunas, estaba dormido pero no se despertaba.

Conozco todos los detalles, podría seguir así, refiriéndolos indefinidamente, porque ya para entonces no tenía yo más que hacer, cada vez más débil y sin aliento, que flotar dejándome llevar al santo botón de un lado para el otro por el hermano viento, masticado inexorable e irreversiblemente por la voraz polilla del fracaso.

...

El sueño de Elías esa noche, la noche en que se enamoró de Clarisa, fue profundo y feliz, convencido como estaba de haber encontrado —de haberse dado de bruces contra, diría yo— su amor definitivo. Definitivo, a la vista de los hechos, está claro que lo era. Hay chicos que cuando saltan al mercado del amor se regodean ante la perspectiva de probar y probar, pero hay otros que angustiados por la incertidumbre abjurán de la diversidad y quieren dar de una vez por todas con el amor definitivo. No había resultado ese amor como él lo habría imaginado, por cierto, pero no por eso dejó de reconocerlo y entregarse a él. ¿Era realmente amor? ¿Fue realmente amor? Que lo fuera o no dependió de la humana y general urgencia por darle a las cosas un nombre, y de la circunstancia particular de que Elías no supiera encontrar mejor palabra para nombrar lo que le sucedía.

Cerrados los ojos para dormirse Elías repasaba los hechos de que fue testigo, hechos que, convertidos en imágenes y examinados en cámara lenta parecían duplicar la intensidad con que tocaban las fibras más íntimas de su alma. ¡Pobre muchacho! ¡Y pobre de mí, por supuesto! Traté de colarme en ese, su cine secreto, en el cual la mirada de la impúdica suplicaba una y otra vez a su príncipe que fuera a liberarla del domador cogelón, pero me fueron cerradas las puertas en las narices. Convencido cada vez más de que en esa intimidad Elías, pasivo, se dejaba poseer por las implacables imágenes, clamé por un sólo minuto de atención, enumeré los méritos y las razones por las cuales me lo merecía, pero el eco de mis clamores se diluyó en el silencio.

Atrapado en sí mismo, en su cine interior, como un autista, Elías se rendía al océano de placer que lo inundaba. Impotente, vi como la delicia y la sorpresa borraban cualquier rastro de disgusto que pudieran provocarle las imágenes que se repetían una y otra vez en su mente. De pronto saltó de la cama y se arrancó el pijama a los tirones,

como si estuviera emponzoñado. Tenía una erección demoníaca, la verga le brillaba con una luz malsana. Se la miraba estupefacto, como si recién en ese momento entendiera que en última instancia de eso, y nada más que de eso se trataba: que verla siendo cogida por otro lo excitaba como nunca nada lo había excitado en su vida.

Vi el instante en que lo infectó el microbio del desvarío. Estaba totalmente abierto, poroso, indefenso como sólo se lo está al enamorarse, y el microbio penetró su piel. Elías empuñó su verga, su esbelta, estilizada, rosadita, dulce verga, y la descapotó. Vi su cuerpo vibrar como alcanzado por un rayo, vi cómo se le hinchaban músculos que ni él sabría que tenía, vi su piel tensarse hasta brillar, vi el sudor brotar en su piel, su inmovilidad era tan rígida que parecía a punto de quebrarse, o de convertirse en Hulk. De pronto la boquita del glande se abrió y soltó un escupitajo tremendo, y luego otro no menos caudaloso, que fueron a estamparse sobre las sábanas blancas, almidonadas y delicadamente perfumadas por Imelda, manchas del semen amargo, ponzoñoso, con el que se sellan los pactos con el Diablo. Toda la rigidez lo abandonó y blando como un aguaviva se dejó caer sobre la cama entregándose al más dulce y profundo de los sueños.

...

Recién después del desayuno –que Imelda le sirvió en la cama- accedió a hablar conmigo. ¡Si hubiera podido hacerme oír por oídos menos necios que los suyos! ¡Si hubiera podido explicarle a Imelda en qué tipo de trampa estaba cayendo aquel que era la luz de sus ojos, el bellísimo bebé que tantas veces había dormido en sus brazos regordetes, morenos y musicales! Pero no. Sólo tenía voz para sus oídos sordos. ¿De qué servirían así mis palabras y mis cuidados si el que debía oírlas y aceptarlos los ignoraba por pura soberbia?

Inútilmente traté de convencerlo de que aquello no era amor ni nada que se le pareciera, que aquello era una pasión insana y que mejor haría en cuidarse de ella. “¿Qué sabés vos de amar si no querés a nadie?” se atrevió a decirme, a mí que piso su sombra cada minuto del día, que cuento las veces que respira, que no tengo vida ninguna que no sea la suya, que sólo pienso en preservarlo de los peligros del mundo, como si fuera su Ángel de la Guarda. “¿No te das cuenta, necio, que esa pobre infeliz

tiene al Diablo en el cuerpo?” le dije, implorante, con lágrimas en los ojos si los tuviera, juntas las manos –si las tuviera- como se juntan para rogarle a una deidad, que si tengo una deidad él es la mía. “¿Y vos no ves, especie de resentido, que su belleza me resulta, para decirlo con las palabras justas, irresistible?” dijo, y su mirada se perdió en la nada o, más exactamente, en esas imágenes obscenas que ya no eran para él ni un punto menos que sagradas. El matiz apenas reprimido de desesperación que percibí en su voz me bastó para sospechar que tenía yo muy poco que hacer en este triste asunto.

Hizo a un lado la bandeja del desayuno, que pesaba sobre el natural esplendor de su flamante deseo, y así nomás, apenas despertado, apenas comenzado el día, a media mañana, cosa que nunca, volvió a rubricar con su semilla su pacto con el Diablo. Mirándolo obrar, y desbordarse, y gozar, se me encogió el corazón. Sentí sobre nosotros las tenazas de la fatalidad. Sentí que de aquello no saldríamos. Y redoblé mis votos de hacerlo todo por defenderlo. Despilfarrada su energía quedó semidormido, hundida la nuca en la blandísima almohada. Aplacada la pasión, su perfil, sereno y afilado como el del Sueño Eterno, me recordó que también a los jóvenes, bellos e inocentes, puede alcanzarlos la muerte.

...

Lo colocaron en una bolsa para cadáveres, sobre una camilla. Entre dos lo levantaron rígido, como uno de esos colaboradores en los actos de magia que levitan dormidos por hipnosis. Como si fuera de madera, la escultura en madera de un durmiente. Como si estuviera congelado. Cerraron la cremallera de la bolsa y aseguraron el cuerpo a la camilla con cinturones de cuero, a la altura del tórax y a la altura de las pantorrillas. Su bello cuerpo sin vida sobre una camilla vil que habría cargado quién sabe cuántos muertos vulgares o espantosos.

En la imposibilidad de cargar la camilla entre ambos camilleros ladera arriba, le ataron una cuerda, y tironeando de la cuerda uno y empujando desde abajo el otro, no sin esfuerzo subieron la camilla a lo alto de la duna. Hicieron una pausa para recuperar el aliento. “Precioso cadáver” dijo el más joven de los camilleros. “Me encantaría prepararlo” agregó con un tonito –crease o no- lleno de intenciones. El otro, el camillero

veterano, no dijo nada, acostumbrado seguramente a los comentarios impertinentes de su compañero.

Abajo, al pie de las dunas, en la playa, Anatol y Sara, abrazados, esperaban la descensión de Elías. Lloraron a gritos al ver emerger la camilla con su hijo embolsado. Por mucho que sufrieran ya, no podían imaginar lo que sufrirían cuando la cremallera fuera abierta para que lo vieran. El sol declinaba, los policías de particular y los de la técnica se habían retirado. Sólo quedaban dos uniformados que fumaban observando las maniobras de los camilleros desde el otro lado de la hondonada.

“Abrí bien los ojos, ricurita, porque va a ser la última vez que veas el mar” dijo el impertinente, fingiendo un cierto patetismo. “¿Qué te pasa? ¿Te enamoraste?” preguntó el veterano, sonriendo con una mueca desagradable. “Sí. ¿Y qué?” contestó sin más el impertinente. “Vos lo vas llevando y yo lo aguanto desde aquí arriba con la cuerda” indicó el veterano. Pero el impertinente no comenzaba la maniobra. Una idea se le había ocurrido. Mejor dicho: a su deseo se le había ocurrido una idea. Al fin, se decidió. “Si los padres no vienen en la ambulancia ¿puedo ir atrás con él?” preguntó. El veterano lo miró. “Estás loco” le dijo. El impertinente sonrió apenas. Se encogió de hombros y hundió las comisuras de los labios. No temía en realidad que el otro hiciera un escándalo, lo delatara. Lo sabía canalla, listo para cualquier corruptela. Y favor con favor se paga; para eso nunca falta la ocasión. “¿Puedo?” insistió. “Todo tuyo” dijo el veterano.

¡Cuánta impotencia! Hubiera querido que un viento demencial viniera a dispersar de una buena vez los restos de mi inútil existencia. ¿Para qué tantos desvelos, tantos cuidados, veinte años de cuidados, tanta dialéctica, tantas sutilezas para ayudarlo a crecer? ¿Para llegar a esto? ¿Para tener que llegar a ver a la iniquidad cebándose en el cuerpo amado? ¿Para esto tantos consejos, tantas advertencias, tanto discutir qué es lo bueno y qué es lo malo para una vida sana? Adiós a la ilusión de que ese cuerpo bello, puro espíritu, pudiera llegar un día a ser el mío. Que se muriera, vaya y pase. La muerte es siempre una posibilidad. Pero ¿que termine siendo el juguete del abyecto camillero? Frustrado el esplendor de su vida. Mancillado el esplendor de su cadáver.

...

Elías no buscó a Clarisa, cosa que me hizo concebir alguna esperanza. Pero no la buscó porque sabía que volverían a encontrarse. Sabía que ella era su destino. Creo que fue al día siguiente, o el otro, que volvieron a coincidir. Clarisa tomaba un jugo de naranja en el único boliche con terraza del balneario. Divina con su vestidito, verde cotorra este, con bombachita al tono. Ella lo vio venir desde lejos. Como si lo estuviera trayendo con un imán, o como si tuviera el dato de que a esa hora él iba a pasar por ahí. Elías sólo la vio cuando estaban a pocos metros de distancia. Se quedó mirándola sin sorpresa, como si él la hubiera puesto allí con el pensamiento. Fue directamente a su mesa y se sentó, como si se conocieran y se hubieran citado. Y bien que se conocían, porque hay miradas, como la que habían compartido una o dos noches atrás, con las que puede saberse todo del otro, más aún de lo que pudiera decirse con mil palabras.

¡Cómo quisiera no recordar todo con tan horrible detalle! ¡Qué triste es rememorar desgracias que uno vio venir pero no pudo evitar! Conozco dos sensaciones tan paradójales como ineludibles, dadas las circunstancias: la sensación de que el cadáver del amado va a volver a la vida ante nuestros ojos, y la sensación de que es posible evitar la desgracia cambiando el curso de unos hechos ya acaecidos.

Rememoro aquel primer instante de su relación. Elías no decía palabra. Simplemente la miraba, como si ella fuera algún tipo de ícono, un macaco pintado en una pared, y no una persona. Era su manera de mirar. Siempre fue así, siempre sintió que podía interpelar a la gente impunemente con la mirada. Más que otra cosa lo que sentía era curiosidad. ¿Ese era, pues, el rostro de la mujer que le estaba destinada? ¿Qué expresaba ese rostro? ¿Acaso estupidez, maldad, coquetería, indiferencia, lubricidad? Buscó en aquel rostro las huellas de su noche con el domador. Recordó una vez más su gesto de dolor al ser penetrada. Imaginó su boca sometida a los caprichos del bruto. Pero no conseguía ver en ese rostro más que frescura, vivacidad y simpatía. Una muchacha preciosa, apenas salida –como él mismo– de la adolescencia. Una chica buena. Porque nadie con esa sonrisa pura y franca iluminándole el rostro podía guardar en su corazón malas intenciones.

Clarisa aceptaba divertida el examen a que Elías la sometía. Podría haberse irritado, porque realmente Elías la miraba como si fuera a comprarla. “¿Sos de acá?” preguntó



finalmente él sin esforzarse para nada por parecer simpático. “No. Estoy en la casa de una tía” respondió Clarisa con una voz que era puro caramelo. “¿De dónde sos?” insistió él. “De Montevideo” respondió ella, encogiéndose fugazmente de hombros, como si fuera obvio que sólo podía ser de Montevideo. “Ya sé. Yo también. De qué balneario digo”. “De Punta del Este”. “¿Tienen casa ahí?”. “Sí”. Elías tenía un prejuicio medio puritano contra Punta del Este. Sin razón alguna. Nunca había estado ahí. Como que había heredado el prejuicio de sus padres.

“¿Vos sos de acá?” preguntó ella. “De toda la vida” respondió con tonito orgulloso de lugareño. “De hecho nací en la casa de acá. Nací en enero” dijo, y después calló, como si de pronto hubiera recordado algo. No había recordado nada. Era, según él, una estrategia de conversación –más bien, de seducción, digamos: soltar un dato personal, “íntimo”, y luego callar, como si por distracción hubiera puesto a su interlocutora en posesión de un secreto muy valioso, de una de las llaves de su corazón, digamos. Esa “debilidad” la haría sentir que lo había “conquistado”, cosa que la inclinaría a “entregarse”. Tonterías, cosas de un chico quizá demasiado introspectivo. Pequeña manía que le pareció adecuado aplicarle a Clarisa. ¿Era necesario? Ya para entonces tenía yo la impresión de que, por muy ligera de cascos que fuera, o quizá por eso mismo, la muchacha estaba impresionada con Elías. Me parecía evidente que no lo veía simplemente como su nuevo novio del día.

“Mi nombre es Clara” dijo cuando el silencio empezó a estirarse demasiado. Es cierto: Elías no dominaba bien el timing de su estrategia: permaneció callado, como si la voz de ella no pudiera penetrar en su profunda abstracción. “Es lindo este balneario” siguió Clarisa. “Un poco demasiado tranquilo para mi gusto” agregó. ¡Et pour cause! “Mi nombre es Elías” concedió entonces mi protegido, como volviendo en sí con un poco de retraso. Como se ve, recuerdo todo, con un detallerío propiamente pornográfico. ¿Qué otra cosa tenía yo para hacer más que escuchar sus tonterías? ¿Qué podía importarme más en el mundo que sus flirteos? Confieso que viéndolos tan inocentes, tan comunes y corrientes, por un momento me alivié, pensé que toda la cosa morbosa que había llegado yo a concebir terminaría por disolverse en un perfectamente inocuo romance veraniego. Una febrícula veraniega, sin importancia.

“Vamos a la playa” propuso de pronto Elías. “No tengo la malla” dijo ella. “No importa. Vamos así”. Caminaron en silencio. Pero su silencio no era el silencio tímido de dos que acaban de conocerse, sino el de dos que saben a dónde van y a qué. Enfilaron sin palabras no hacia la zona de baños sino hacia la de mar fuerte, más solitaria. En cuanto se hubieron alejado lo suficiente Elías la atrajo tomándola por la cintura y la besó en la boca. A ella debió de haberle parecido evidente que Elías no hubiera procedido así de no mediar lo sucedido en el estacionamiento de la discoteca. Aún con poca o nula experiencia las mujeres saben que los hombres creen que una mujer que se da como él la vio darse, es propiedad de todos, y que no hace falta protocolo alguno para satisfacerse con ella. Clarisa no intentó discutir el punto con Elías. Por el contrario, devolvió el beso, apostando en él todas sus fichas.

A Elías, por su parte, no le pasó ni un instante por la mente –como a mí- la idea de que ella actuara así porque lo consideraba uno más en su colección de verano. Pensó –si es que llegó a pensarlo- que ella le devolvía el beso con tal fogosidad simplemente porque estaba tan instantánea y absolutamente enamorada de él como él lo estaba de ella. No se equivocaba.

...

Elías sintió el arrebató del deseo. Puso las manos sobre las nalgas de Clarisa y las separó. Clarisa se incendió. Buscó frotar su pubis contra el de Elías. Hay chicas que entran en combustión instantáneamente, apenas se les sugiere algo verdaderamente caliente con un gesto suficientemente explícito. Así Clarisa. No quiero sugerir que culpo a la libido desatada de la muchacha de lo que pasó, de lo que terminó pasando. No sería justo. Aunque es cierto que estaba en plan de probar machos. Y así como se daba fácilmente a los otros así de fácilmente se dio a Elías, sin pararse a pensar que el amor –o algo que se le parezca- exige otros protocolos. Otros modos. Otros engaños. Si se hubieran amado un poco menos, si la pasión hubiera sido un poco menos intensa, si hubieran tenido un margen de maniobra un poco mayor, como para tener en cuenta esos protocolos, esos modos, esos engaños necesarios y razonables, entonces quizá, imposible decirlo, pero quizá lo peor no hubiera pasado.

Elías profundizó la caricia hurgando desde atrás en la entrepierna de Clarisa mientras le devolvía la frotación de pubis. Entonces se dio cuenta, primero con sorpresa, después con pavor, que por primera vez en su vida en semejantes circunstancias, su pene no erectaba. Por más que insistía en el ataque masivo sobre la humanidad de Clarisa, su verga no alcanzaba el sine qua non. Entró en pánico. Aquello no podía ser posible. Sus esfuerzos se volvieron torpes, nerviosos. Clarisa se liberó del chupón y lo miró a los ojos. Comprendió de inmediato lo delicado de la circunstancia. “Tranquilo. Está todo bien” susurró, quizá ya, en alguna medida, experiente en la materia. Pero Elías estaba fuera de sí. Empujándola por los hombros hacia abajo la obligó a arrodillarse. Se encontraban, es cierto, en una zona relativamente desierta, pero estaban junto a la orilla, visibles desde cualquier distancia. Con dedos desesperados Elías se abrió el pantalón y le ofreció la parte renuente. Clarisa no protestó. ¿Por qué semejante heroísmo, si no era porque ella también estaba enamorada? Visibles o no desde cualquier distancia lo recibió en la boca con entusiasmo. Es cierto que a Clarisa o bien no le importaba o bien disfrutaba ser vista cogiendo. Pero una cosa, ciertamente, no quita la otra.

Clarisa puso todo de sí sin conseguir absolutamente nada. Elías la miraba hacer, furioso y aterrado. Tomándola del pelo le sacó el apéndice de la boca e intentó masturbarse. Previendo un desenlace no por misérrimo menos –quizá- probable, Clarisa cerró los ojos y abrió la boca. Pero nada. Nada de nada. Como masturbar a un muerto. De tanto forcejear y tironear Elías pudo haberse lastimado. No podía entender aquello. Había estado en erección y soltado semen varias veces desde aquella noche, de sólo pensar en ella. Y ahora que la tenía para sí, completamente entregada a su deseo, nada de nada.

Pude haber intervenido. Para inclinar el desenlace de aquella situación a favor de mi deseo o a favor del suyo –de Elías y de Clarisa. Pude haber susurrado al oído de Elías que aquella era la prueba fehaciente de que no la amaba. Cuando se ama se desea, pude haberle sugerido, perogrullesco, ocultándole por lo menos la mitad de la verdad. O, por el contrario, ayudándolos, pude haberle sugerido la manera mágica en que la renuencia de su verga cesaría –evocando las imágenes abyectas, por supuesto. Me pareció que la primera opción era arriesgada: si, comoquiera que fuese, Elías lograba erectar, semejante intervención lo haría odiarme más de lo que ya me odiaba. En cuanto a la segunda opción: me pareció que la verdad atroz que le revelaría el éxito, logrado a tal

costo, hundiría su espíritu en una confusión de consecuencias verdaderamente imprevisibles. De manera que callé, no intervine. No se me culpe. Yo no podía saber cuál sería el final de todo aquello. Decidí en función de lo que sabía en aquel momento. Por lo demás, probablemente si hubiera intervenido el resultado final habría sido el mismo. Desesperado, Elías huyó, salió corriendo. Ella lo llamó a gritos, corrió tras él mientras pudo, y cuando lo perdió de vista lloró desconsoladamente.

...

El joven e impertinente camillero no era un necrófilo consumado. Simplemente se sabía sensible, hipersensible digamos, a la belleza de los cadáveres, pero nunca se había propasado con ninguno. Con el cadáver de Elías fue diferente. Fue el flechazo. Desde el mismo momento en que lo vio sintió que era Elías mismo quien lo invitaba a hacerlo. Cosa que nunca había sentido antes frente a ningún otro cadáver. Entendió, por consiguiente, con la lógica caprichosa a que a menudo induce el deseo, que mediando esa su aquiescencia, no lo estaría violando.

Apenas Anatol y Sara, devastados por el dolor, se alejaron de la ambulancia, el camillero impertinente subió a la cabina trasera dispuesto si no a consumir, por lo menos a acercarse los más que se sintiera capaz a la satisfacción de su deseo. “Sabía decisión la de tus queridos progenitores” le dijo al cadáver. “No soportarían el viaje acompañándote a la morgue”. Dicho lo cual cerró la ventanilla de comunicación con la cabina delantera de la ambulancia.

Comenzó el viaje a Citerea –pero a la de Baudelaire, si se me permite el cultismo. Prudente, esperó a que tomaran la Interbalnearia para proceder. Abrió la cremallera de la bolsa tanto como se lo permitió el primer cinturón de seguridad. El hermoso jovencito. El perfil perfecto, la piel grisácea, los labios blancos de tan pálidos. “Qué hermoso es” pensó. Tragó saliva, las manos mojadas por el sudor. En realidad no sabía bien qué hacer con –o qué hacerle al- cadáver. Lo primero a que atinó fue soplarle la arena de encima de la cara. Soplabla con cuidado, suavemente, como para no despertarlo de su siesta. Después le pasó un algodón húmedo por la piel del rostro y el cuello. Con infinita delicadeza recogió grano por grano la arena de encima de la córnea.

Se alejó un poco para apreciar el resultado de sus afanes. “Guacho divino” musitó, incapaz de reprimir su arrobamiento. Entonces sí, poco a poco, tembloroso de deseo, fue acercando su cara a la del cadáver. Empezó a sentir una especie de gran alegría. No sentía asco ni temor. En absoluto. Pero no siguió adelante. Se le cruzó la idea de que por la boca semiabierta pudo habersele colado alguno de los bichos que viven en la arena. Una araña, un alacrán, alguna culebrita. Quizá el bicho estuviera adormecido. El soplo de su aliento podría despertarlo.

Abrió el cajón del instrumental quirúrgico y sacó una pinza. Introdujo cuanto pudo el mango de la pinza en la boca del cadáver. Lo removi6 hacia un lado y a otro, presionando como para aplastar lo que hubiera. Después lo sacó y espero. Pero ningún bicho abandonó desconcertado su refugio. Lo cual no le pareció una prueba concluyente. El bicho pudo haber huido cuerpo adentro, o haber encontrado un pliegue para ponerse a salvo y en el que esperar el momento adecuado para comparecer. La ansiedad ganaba al camillero. Se le hacía agua la boca. La pasividad aquiescente del cadáver lo excitaba. De hecho en esa espera alcanzó una erección de tal rigidez que empezó a dolerle.

La solución que se le ocurrió fue llenarle la boca con algodón. Lo hizo, con dedos entorpecidos por la urgencia. Después soltó el cinturón de seguridad que rodeaba el t6rax. Desabotonó, un poco a los tirones, la camisa. Tocó con dedos temblorosos los pezones pálidos. Fue como si recibiera una descarga eléctrica, pero una descarga suave, placentera como una cosquilla. Sin saber qué hacer con el cadáver, sentía, embriagador, el vértigo del abismo. Pero su conciencia no acaba de ceder al vértigo. Se hizo la pregunta que, objetivamente, era de rigor en esa primera vez en que cedía a su deseo: ¿lo deseaba porque era cadáver o porque parecía como si durmiera? O sea: ¿iba a tratarlo como a un cadáver o como alguien que dormía? ¿O como a alguien narcotizado, a medio camino entre el durmiente y el cadáver? No pensó más. Finalmente el impulso lo dominó. Se inclinó y besó los labios fríos. Se le desató el frenesí. La mente se le nubló. Le acarició el pelo y le acarició el pecho.

¡Pensar que ese pecho pudo ser el mío! ¡Pudo ser mi pecho! ¡Ese cuerpo me estaba a mí y sólo a mí destinado! ¿Fue mi culpa perderlo? ¿Lo presioné demasiado o demasiado poco? ¡Tener que verlo así, abandonado a la lascivia del camillero! ¡Y no poder hacer

absolutamente nada! Estaba el pobre tipo congestionado, como a punto de explotar por algún lado. Había finalmente cruzado la raya y estaba conociendo el desgarró de la razón, el abismo de demencia a que puede ser arrastrado el que se asoma al deseo imposible, al que pocos humanos llegan a enfrentarse cara a cara.

Cada vez que se entregaba a un arrebató miraba luego el rostro del cadáver fijamente como para asegurarse de que, al menos por el momento, no estaba despertándose. “Si pudiera llevarte conmigo, guacho divino ¿qué no te haría? ¿qué no viviríamos juntos?” mascullaba entre dientes. Abrió la portañuela de sus pantalones y empuñó su miembro. Acariciando el rostro de Elías, cerrando los ojos, se masturbó con fuerza, como decidido a acabar cuanto antes. “¡No, no! ¡Pará!” aulló, frenando a duras penas la estampida. Abrió el pantalón de Elías, bajó el slip con manos torpes por el temblor y expuso la pálida genitalia.

“¡Ah!” suspiró acariciando los pendejos rojizos con dedos temblorosos de conocedor embriagado. “¡Qué belleza!”. Y sí que se veían bellas las partes de Elías, de su cadáver. Su verga dormida era delicada como un sueño, pura potencia dormida, nada de agresividad, toda dulzura. Se inclinó sobre el pubis del cadáver e inspiró, largamente, por las narices. Olía aún a jabón de baño. Elías prefería los jabones de perfume fuerte, persistente. Desnudó el glande, completamente pálido, como una especie rara de alabastro delicadamente poroso. Creía enloquecer llenándose los ojos con tanta belleza. Estaba tan colorado que pensé que iba a darle algo. Bizqueó mirándolo, fijándose si tenía arena. Sopló aquí y allá antes de introducirse en la boca. Gimió mamando y volvió a masturbarse.

Cabeceaba a un lado y a otro con mímó tironeando del miembro, venciendo la renuencia del rigor mortis. De pronto lo soltó, no pudo más. En las fronteras del éxtasis tuvo aún la lucidez de recordar que no podía acabarle encima. Sacó del bolsillo de su pantalón un pañuelo y con él cubrió su erección de manera de frenar el vuelo de la semilla. Volvió a tomar el pene del cadáver entre sus labios y recomenzó el tironeo y el arrullo. De ser yo capaz de clavar un puñal se lo hubiera hundido entre los omóplatos. Hasta la empuñadura. No podía sino sentir que era a mí a quien violaba. A mí al que ultrajaba. A mí a quien robaba lo máspreciado. Deseé con todas mis fuerzas que la mano de Elías, rígida e implacable como la del Commendatore –perdón otra vez por el

cultismo-, se levantara y fuera a posarse sobre su nuca para hundirlo en el Infierno. ¡Eso sí que le sacaría las ganas de abusar de los bellos durmientes!

Ignoro en qué términos el vértigo del orgasmo le resolvería la ecuación entre la realidad del cadáver y la ilusión del sueño, pero lo cierto es que el camillero no tardó en vaciarse por completo experimentando el más completo de los goces. “Divino, divino” murmuraba, en éxtasis, pasándose por toda la cara el pene apenas renuente, como convencido de que aquel baño de piel muerta iba dejarlo en estado de gracia para siempre jamás. Y eso fue todo. Por lo menos no llegó a extremos que yo no hubiera podido soportar. Plácidamente adormecido descansaba sobre el vientre del cadáver. Ahora que había roto el hielo seguramente que con el próximo iría más lejos. Pero ese próximo no sería hermoso como mi Elías. Suspiraría hasta el último de sus días por mi Elías. El próximo, los próximos no tendrían esta belleza celestial, este rostro de poeta olímpico.

Puso en orden el cadáver. Le sacó el algodón de la boca. Quedaron inevitablemente hilos de algodón entre los dientes. El forense se preguntará después durante un largo rato cómo habrían llegado allí esos filamentos. En todo caso no cambiaron las conclusiones –las inconclusiones, más bien- de su informe, aunque dejó expresa constancia del hallazgo. El camillero violador metió el algodón en una bolsita de nylon, abrió una ventanilla y la lanzó fuera luego de comprobar que no había testigos. También lanzó fuera su pañuelo empapado de semen. Estaban ya en los accesos a Montevideo. Abrió la ventanilla de comunicación y le pidió a su compañero que se detuviera para pasar a la cabina delantera. “No me digas nada. No me interesa” le dijo el camillero veterano cuando lo tuvo a su lado. Siguieron viaje en silencio. Ya llegando a destino el camillero violador se volvió hacia su compañero y dijo: “Le saqué la arena de la cara con un algodón húmedo. Si alguien pregunta digo que fueron los padres”. El otro no dijo nada, ni le devolvió la mirada.

...

El problema con Clarisa era que no sabía, o no podía, o no quería decir que no. Ante la demanda sexual del macho no tenía otra respuesta sino la aquiescencia. Hay que decir que no vivía su presunta debilidad de manera dramática. Al contrario, su aquiescencia

era la de una entusiasta. Cada vez que se entregaba al furor sexual de un macho lo que sentía era que conseguía un poco más de algo que le gustaba sobremanera. Valoraba y atesoraba los momentos en que se entregaba a los caprichos de un nuevo cuerpo de hombre. Y como se daba sin reservas, rara vez dejaba de alcanzar la cima del placer. Sería hipócrita culparla por semejante inclinación. El problema estaba en otra parte: en que se enamoraran.

Todo aquel día estuve insistiendo en los oídos sordos de Elías. Le decía, como en una letanía: “Esta no. Cualquiera. La que quieras. Pero esta, no”. No me oía, como no oiría, en esa circunstancia a nada ni a nadie. Lo que le sucedía le parecía tan incomprensible, tan misterioso como el sentido del Universo, y por consiguiente se entregaba sin reservas, sin más preguntas. De manera que esa misma noche volvió a la discoteca en busca de Clarisa. Y la encontró. Bailando con otro admirador. Colgada del cuello del tipo, del que no podía ignorar –todo en él lo decía a gritos- que era un verdadero patán. Las manos del tipo, ávidas, incrédulas de la suerte que les había tocado, le estrujaban alternativamente las nalgas y las tetas de la manera más viciosa imaginable.

Elías se quedó mirándolos, fascinado, demudado, instantáneamente itifálico. ¡Qué horrible cosa asomaba, ahora sí, ya, en su mirada! ¡El deseo morboso en toda su repelente dimensión! ¡Qué terrible para mí comprender, ahora sí, ya, que la tragedia – así, con todas las letras- era inminente, y no poder intentar absolutamente nada para evitarla! Hubiera cedido en ese mismo momento todos mis legítimos derechos sobre el futuro de Elías –sobre el futuro del cuerpo de Elías- a cambio de tener un pie –tan solo eso, un pie- con el cual sacarlo de allí en ese mismo momento a patadas en el culo.

Se ha expandido hoy en día un gusto por ser visto cogiendo, por ser apreciado por extraños, por excitar hasta el desborde a extraños que nos miran haciendo eso que creemos hacer rematadamente bien y en lo que somos, como todo el mundo, inevitablemente ridículos. Es el zeitgeist inmundamente impúdico de los tiempos miserables en que nos ha tocado existir. Clarisa y su patán estaban poseídos por ese tipo de demonio. Regresaron a su mesa, que estaba al fondo del local, lejos de la pista, en la zona oscura del local. Elías los siguió, pegándose a la pared, creyéndose invisible como una sombra en la noche oscura. El tipo se sentó y atrajo a Clarisa, que se resistió sólo lo



suficiente como para, flexible y habilísima, sacarse la bombachita antes de montar a horcajadas sobre los muslos de él. Ella bajó la cremallera del pantalón, ella sacó el cipote y ella se lo insertó. Desde donde estábamos oímos el suspiro de feroz alivio que escapó de sus gargantas. Clarisa se prendió de la pelambrera del tipo y lo galopó. Desde una mesa cercana dos parejas los miraban. Alguien soltó un silbido de aprobación.

Apenas oculto por la penumbra Elías desnudó su sexo, completamente erecto. Estaba en ese punto a partir del cual cualquier locura es posible. De hecho, creo que a partir de ese momento ya nunca regresó a la razón. Temblaba como si tuviera cuarenta grados de fiebre y estuviera al borde del paroxismo. Rígido, torpe como un zombi caminó hacia la pareja. Clarisa cogía con verdadera fruición, clavándose a fondo mientras su boca devoraba la del tipo. Elías puso una mano sobre el hombro de Clarisa, que giró la cabeza sobresaltada. Se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. Con la cogida en suspenso el tipo los miraba a ambos como un borracho que acaba de recibir un baldazo de agua helada.

Clarisa vio el miembro erecto de Elías y comprendió. “Es mi novio” le dijo al tipo con un tonito al borde de la histeria. “Viene a hacernos compañía”. Y sin más manoteó la verga de Elías y se la metió en la boca. El tipo, que seguramente estaba al borde del polvo, si no entendía en absoluto aquella irrupción, era, por lo menos, en su tosquedad, naturalmente proclive a compartir. “Mucho gusto” le dijo a Elías, y tomando a Clarisa de las caderas partió en busca de lo suyo. Los murmullos y las risas sofocadas en torno a ellos crecían. Pero afortunadamente aquel equilibrio delirante de los tres no estaba destinado a llegar al escándalo mayúsculo, porque ya los tres se deslizaban por la pendiente del orgasmo. El tipo sofocó un gruñido al irse en el fondo de Clarisa. Clarisa tembló como una hoja en el viento y reprimió el gemido que nacía en su garganta. Elías, impávido, se dejó ir en la boca de Clarisa. Estaba como en shock, con la mente en blanco. El nudo se deshizo entre aplausos y silbidos de admiración. Clarisa sin mediar un segundo tomó a Elías de la mano y lo arrastró hacia la salida, llevándose por delante todo lo que se le cruzara en la oscuridad. Conmigo como cola del cometa. Invisible, incorpórea cola del cometa que los seguía, repartiendo a la concurrencia, a diestra y siniestra, tan sinceras como inaudibles excusas.

...

A la carrera cruzaron el estacionamiento y bajaron a la playa. Siguieron corriendo hasta salir de la zona iluminada. Sin aliento, como dos críos que huyen después de cometer una gran travesura. Que no otra cosa era, en realidad, seamos amplios de criterio, lo que habían hecho. Detrás de una duna se tendieron en la arena, agotados. Clarisa reía. Ella, hay que decirlo, era aún capaz de tomarse aquello como una travesura. ¡Lo habían hecho delante de todos! ¡Qué locura! Elías por el contrario estaba demudado, tan pálido como iba pronto a llegar a estarlo. Clarisa se acercó más a Elías. Puso la cabeza sobre su hombro. “Hoy no hay luna” dijo, quedito. “Pueden verse todas las estrellas”.

No sacó el tema del cielo nocturno de puro frívola. Creo que estaba consciente del nudo en que estaba Elías. El cielo, en efecto, estaba de un negro absoluto, y las estrellas brillaban como festejando algo. Las lágrimas desbordaron de los ojos de Elías. ¡Pobre ángel! Eran lágrimas de felicidad y a la vez de desesperación. Tan abundantes corrieron que Elías no pudo evitar sorber moco. Clarisa se apoyó sobre un codo para mirarlo. “Estás llorando” comprobó. “No es nada” dijo Elías. Clarisa se inclinó y lamió las lágrimas. Después lo besó blanda y jugosamente en los labios. Elías olió el semen en su aliento. Apoyó la mano en el vientre de Clarisa. Respiró hondo. “No tenés bombacha” dijo. “No. La perdí. Se me va a llenar la concha de arena”. Elías sonrió. Volvió a respirar hondo.

Clarisa volvió a apoyar la cabeza sobre su hombro. “¿Sabés nombres de estrellas?” preguntó. “Todos” le aseguró Elías. “Decime algunos”. Le fue diciendo los nombres de las más visibles mientras las iba señalando. Viéndolos tan dulces y tan inocentes yo hubiera llorado, si tuviera lágrimas para llorar. Es así como aun en la inminencia de la tragedia puede disfrutarse de unos momentos de felicidad en la pura inocencia. “Ya no más” pidió Clarisa. “Las sabés todas. ¿Sos astrónomo o astrólogo?”. “Astrólogo”. “¿Astrólogo? ¡Qué maravilla! ¿Podés adivinar de qué signo soy?”. “Acuario” dijo Elías sin más, y comoquiera que sea –no se me pregunte cómo-, acertó. En los momentos mágicos del amor pueden suceder ese tipo de cosas. Ella volvió a apoyarse sobre un codo para mirarlo, asombrada. “¿Podés hacer mi carta astral?” preguntó. “Puedo”. Quizá realmente podía. Lo vi en ratos de ocio concentrado en un sitio de Internet dedicado a la astrología. “Pero no voy a hacértela” agregó. “¿Por qué?”. “No quiero

saber tu destino. Ni el mío”. “¿Por qué?”. “Me da miedo”. Clarisa volvió a besarle los labios. “No tengas miedo” dijo quedito. “Está todo bien”.

...

En el fondo de la casa –un fondo amplio, con pretensiones de parque- había un pequeño departamento. Sólo un dormitorio y un baño. Alguna vez Anatol, con un guiño cómplice, le había dicho a Elías que de muchacho le hubiera gustado tener un rinconcito así para cometer sus pecadillos. Pero Elías nunca había hecho uso de esa autorización apenas velada. Allí vivieron Elías y Clarisa su única noche de amor, la única que los vio amanecer abrazados. Se desnudaron mutuamente a la luz de una vela, y era cosa de ver la fascinación con que se miraban, encontrándose uno al otro imposiblemente más hermosos. Sé que Elías la miraba como si el cuerpo de su amada fuera un cuerpo nuevo, sin uso alguno, sin mancha. Uno al otro se recorrieron la piel y las mucosas con las manos y con los labios en un ritual interminable de conocimiento. Interminable y minucioso, verdaderamente. Como ciegos, sordos y mudos que no pudieran contar más que con las manos para reconocerse. Como escultores que sólo pudieran confiar en los datos que recogieran directamente de la piel y con su piel.

Elías –repito- sé que no la tocaba como se toca a una amante, sino como se toca a una virgen. Si hubiera tenido una voz para preguntarle qué demonios hacían oliéndose, palpándose y lamiéndose de aquella manera, estoy seguro que me hubiera respondido: “Estoy haciendo lo que sólo puede hacerse una vez en la vida. Descubrir el cuerpo de la persona que me está destinada. Esta y ninguna otra es la piel, estos y ningunos otros los olores, y a esto y a nada sino a esto saben la piel y los jugos de su cuerpo”. Sólo que - ¡hélas!- en esta su única amanecida noche de amor no tuvieron eso que en realidad es nada pero sin lo cual todo también es nada. No quisieron ni intentarlo. Creo que ni siquiera pensaron en eso. Hicieron como si lo que tenían fuera todo aquello a lo que les fuera posible aspirar. Renuncia que no habría de impedir que el veneno se siguiera espesando en el corazón de Elías. Simplemente la ponzoña, para realizar su obra, tendría que esperar no más que algunas horas.

...

Al entrar en la morgue el cadáver de Elías estaba en el momento de su máximo esplendor. ¿Habría, en lo que le quedaba de cadáver, alguien capaz de apreciar ese, su momento glamoroso, antes de que, convenientemente arreglado, se lo depositara en el féretro para encarnar al difunto en su última exposición pública? En el velorio el cadáver es recuperado por un mundo que no es ya, en realidad, el suyo, sino el de los que abandona para siempre, con los cuales está obligado a mantener un último, ficticio y forzosamente exculpador dizque diálogo.

Nadie llama cadáver al cuerpo expuesto en el velatorio. Ha vuelto a ocupar su cuerpo el titular, ganándose la piadosa denominación de “el fallecido”. El fallecido, ente con cuerpo sólo en el velorio, y luego definitivamente espiritual, es un artificio poco interesante, hecho de lugares comunes, del recuento desabrido y moroso de las instancias de una vida que les resultan convenientes y presentables a los supervivientes. El que es un ser original, intensamente enigmático, dueño de una belleza tan efímera como inesperada, es el cadáver.

Poéticamente modelado por la pasión, y por el viento, y por la arena, clandestinamente homenajeado por un admirador apasionado, el cadáver de Elías fue descendido en la camilla de la ambulancia y administrativamente ingresado en la morgue, destinado a la autopsia en tanto producto de causas que necesitaban –en el entender policial- ser claramente determinadas. El camillero enamorado no fue indiferente al momento en que tuvo que dejarlo sobre la mesa de autopsias de una vez y para siempre. Sintió que sólo habían podido comunicarse una ínfima parte de lo que tenían para decirse. Pensó en el escalpelo abriendo la piel y estuvo a punto de desmayarse.

El asistente que se encargó de preparar el cadáver de Elías para la autopsia era absolutamente insensible al enigma y/o a la belleza de los cadáveres. Todo su anhelo estaba en conservar para siempre aquel laburo liviano y sin jefes, bien remunerado y con edad jubilatoria especial. Todo lo que le interesaba era mutar aquel dinero fácilmente ganado en alimentos para la prole incontrolablemente numerosa que el vientre de su bienamada producía. No estaba dispuesto a correr ni el más mínimo riesgo al respecto. Había, por supuesto, recibido ofertas de aficionados dispuestos a pagar generosamente por un rato a solas con cadáveres frescos de jovencitas o jovencitos, y

había recibido ofertas aún más generosas a cambio del acceso a cadáveres frescos dispuestos a donar involuntariamente sus órganos. Pero en lo que a él concernía la morgue estaba blindada y sus funcionarios eran incorruptibles. Convivir con cadáveres, por cierto, no lo afectaba: su empleo anterior había sido cuidando ancianos inválidos, higienizar a los cuales era bastante más complejo que higienizar cadáveres, y le generaba demasiado a menudo protestas por maltrato o descuido. Los cadáveres en ese sentido eran los mejores pacientes imaginables. Tan indiferentes le resultaban que al final del día no hubiera podido referirse a las particularidades de ninguno de ellos. Soñaba todas las noches, y con una abundancia realmente destacable, pero jamás soñaba con cadáveres.

...

¡Elías sobre el frío metal de la mesa de autopsias! ¡Su nuca, sus omóplatos, sus nalgas, sus talones, sus codos, las yemas de sus dedos apoyados sobre la hostil chapa de metal! El asistente le colocó en la espalda un soporte para facilitar, exponiendo mejor el tórax, el trabajo del patólogo. El cadáver esperaba para ser abierto, como un gran pez en la pileta de la pescadería, o una res colgando del gancho en la carnicería. Hasta aquí podría haber persistido, demente, la ilusión de que estuviese dormido. Adiós, adiós, adiós del todo.

Aunque no tan rápido: el forense, hombre de cultura y artista plástico aficionado a sus horas, no pudo sino tomar nota de la peculiar belleza del recién llegado, no para quejarse inútilmente de la crueldad de la vida sino –también, a sus horas, filósofo- para replantearse un tema de reflexión que le resultaba –cosa que no puede sorprender- singularmente significativo. A saber: ¿puede el arte expresar la belleza de un cadáver? Es decir: no responder a la pregunta de si una pintura o una fotografía o una escultura cuyo motivo es un cadáver pueda ser hermosa –por supuesto que puede serlo: ahí están la formidable tradición renacentista y barroca de Cristos crucificados y descrucificados, o, en nuestros días, las fotografías de Andrés Serrano para demostrarlo-, sino, y es muy otra cosa, responder a la pregunta de si la fotografía, la pintura o la escultura son capaces de captar y expresar la belleza que eventualmente –y este era sin duda un caso- puede ser el atributo de un cadáver.

“¿Acaso la vida no es un elemento indispensable de la belleza cuando se trata de un ser vivo?” se preguntaba el patólogo. “Pero es que, precisamente, un cadáver no es un ser vivo” se respondía. “Es un ser que tuvo vida y que ya no la tiene, como una naranja arrancada del árbol” se insistía. “Y si es posible pintar la belleza de una naranja ¿por qué no podría pintarse la belleza de un cadáver?”. Y argumentaba, contundente: “Hay que sustraerse a la tentación de verlo como una especie de escultura, porque es imposible hacer arte tomando como modelo algo que ya es arte. No se puede hacer una pintura de una foto, de una escultura, o de una pintura esperando producir belleza”. “Para ver la belleza en un cadáver y para poder expresarla” se dijo, afinando la puntería “hay que verlo no como ser vivo ni como escultura sino como cadáver, como cuerpo abandonado por la vida, y sentir su belleza en tanto cadáver”. Y ahí se quedaba, la mirada perdida, mordiéndose apenas la punta de la lengua, a punto de captar el sentido profundo de semejantes sutilezas, y quedándose con las manos vacías, como el que en el mar intenta atrapar un pez a manotazos.

¿En qué específicamente residía la belleza del cadáver de Elías en tanto cadáver según la mirada del patólogo? Eso no hubiera podido decirlo ni aunque lo amenazaran con una motosierra –circunstancia que constituía su pesadilla recurrente desde sus tiempos de estudiante sin que, por más que hizo, pudiera sacarla de su menú onírico. Había sido un hermoso muchacho, sin duda, pero ¿qué le había agregado la muerte a su cuerpo ya sin vida? ¿Sería que eso sólo podría precisararlo si lo hubiera conocido con vida? Por más que miraba aquel rostro en su conjunto y en sus detalles no conseguía fijar una intuición que le indicara el camino. “¿Es algo en la mirada de sus ojos muertos?” se preguntó, y se inclinó sobre el rostro del cadáver para mirarse en sus pupilas. Vio en las pupilas reflejadas las luces de trabajo de la mesa de autopsias y, vagamente, su propia silueta. “¿Estarán guardadas aún, intactas, en algún lugar de su sistema nervioso las últimas imágenes que llegaron a sus ojos?” se preguntó. “Quizá en un futuro más o menos cercano se podrá acceder a esa última mirada, conectando quién sabe qué a su sistema nervioso” se respondió. Y sus pensamientos terminaron por diluirse en ese futuro en el que el cuerpo humano ya no tendrá secreto alguno para la ciencia.

Suspiró. De lo que se trataba para él, ahora, era simplemente, ni más ni menos, que de tratar de establecer las causas de su muerte. Tomó la planilla del asistente. Heridas o

golpes, de ningún tipo. Marcas particulares, de ningún tipo. Pinchazos, en ningún lugar de todo el cuerpo. Sólo una observación: el cadáver estaba ensopado en arena, hasta en el culo la había, pero no tenía arena ni en el rostro ni en el cuello. Evidentemente le había sido removida antes de llegar a la morgue. “Quizá una mano amorosa. La de los padres, probablemente” pensó el forense. Utilizando pinzas y separadores exploró la cavidad bucal. Encontró, por supuesto, filamentos de algodón. “¿Cómo demonios llegaron aquí estos restos de algodón?” se preguntó.

Era ya cerca de medianoche cuando finalmente abrió el tórax y el abdomen. Con qué limpieza, con qué prolijidad lo hizo. Primero el bisturí, luego la sierra, todo bien separadito, bien expuesto utilizando las pinzas. Como en una lección de anatomía. Como quien desarma un robot. Como un niño que destripa al muñeco para saber qué tiene dentro. Yo ya no tenía energía para rebelarme ante el espectáculo hiperracional y atroz. Ni una gota de sangre, por supuesto. Ni un solo temblor en la mano del descuartizador. Abrió el esófago, abrió el corazón, abrió el estómago. ¿Qué anotó en el informe después de husmear cuidadosamente aquí y allá? Ninguna anomalía –ni estructural ni circunstancial- de ningún tipo. Muerte natural por paro respiratorio. Aunque no tenía la menor idea de por qué a un jovenazo perfectamente sano, sin afección ni lesión cardíaca alguna, sin huella alguna exterior ni interior de violencia de ningún tipo, pudo habersele detenido el corazón. Dejó constancia en el informe de haber hallado filamentos de algodón en la boca, relacionando el hecho con la observación del asistente de encontrar limpios de arena el rostro y el cuello. Problema de los policías prestarle o no atención al detalle. Seguramente lo ignorarían.

Anotó en la planilla la hora de finalización de su tarea. No quedaban más que las tareas de costura y zurcido. Sacándose los guantes y dejándolos caer en el cubo de residuos llegó a la conclusión de que valía la pena intentar dilucidar su tema estético de reflexión por la vía de la práctica. Pero no sería esa noche, esa noche tenía otra autopsia, que ya debía de estar preparada. Se prometió guardar en su locker un cuaderno para bocetos, y lápices, o quizá pasteles. La próxima vez que tuviera un cliente que por su mera presencia le recordara el tema, lo dejaría para trabajarlo tarde en la madrugada, y antes de tajarlo intentaría con su arte hacerle honor a su belleza.

...

En su única noche de amor, Elías y Clarisa no cambiaron una sola palabra sobre aquella cosa siniestra –así lo vivía Elías- que les acaecía. Tómese nota: ni siquiera cambiaron una palabra de mutuo consuelo. Como si zafar de aquel destino les pareciera, de antemano, absolutamente imposible, como si sólo les quedara beber del cáliz hasta las heces. ¡Pobres almitas de Dios! Quizá tenían razón, quizá no había consuelo posible, ni manera alguna de zafar de aquello. Quizá cualquier intento de confesión y cura no hubiera traído sino peores sufrimientos. Quizá lo mejor era entregarse a aquello, esperando que les quedara, a pesar de todo algo, un margen, un saldo para amarse. No podían o no querían pensar que a la vuelta de la esquina pudiera esperarles un terrible final.

Ni siquiera se pusieron de acuerdo en cómo o cuándo volverían a compartir la abyección. Quizá no preverlo era su manera de soñar que no volvería a suceder, aunque eso significara no verse nunca más. Lo dejaron todo librado al azar, al cual –como bien lo saben los poetas y los fabuladores- le cuesta mucho ser generoso con los enamorados. A priori uno piensa que para ser generoso con ellos el azar tendría que haber evitado que se reencontraran. No fue así. Cuando aquella mañana Clarisa se separó de Elías sus pasos iniciaban una larga trayectoria –una trayectoria de muchos miles de pasos- que los llevaría a reencontrarse en el mismo círculo de dolor y de deseo.

Elías dormitó casi todo el día, su alma envuelta en un sopor amargo y dulce, del que no conseguía despegarse. No comió y no habló con nadie. Imelda fue la que sosegó la inquietud de Sara revelando que el niño dormía en el apartamento del fondo. No dijo nada, pero intuía que algo le pasaba a su pichoncito y decidió, para compensarlo, prepararle para el día siguiente su helado favorito, el de arándanos. A Anatol aquel agotamiento de su heredero le motivó una sonrisita satisfecha. “Hijo de tigre” pensó. A media tarde Noelia se asomó a la ventana del apartamento, y como su hermano, tendido aún en la cama, miraba precisamente en su dirección, se puso a hacerle carantoñas. Elías se limitó a mirar para otro lado. “Como si fuera una mosca” pensó Noelia, que nunca había recibido de él semejante trato. No volvió a ver a su hermano vivo. Caía la tarde cuando Elías, sigiloso para no hablar con nadie, se deslizó hasta su dormitorio en el piso superior de la casa. Se bañó y empezó a vestirse frente al espejo.



Una vez más traté de hablar con él. “Solicito audiencia” le soplé en el oído. “Solicita audiencia Nuestro Señor de las Advertencias. Se le concede” proclamó entre dientes, con un tonito entre burlón y resignado. “¿Sos consciente de que estás en peligro?” pregunté inevitablemente solemne. “La muchacha es preciosa y vos estás celoso porque me da bola a mí y no a vos” declaró. Respiré hondo, habría que tenerle mucha paciencia. “Elías, mi única opción, mi misión, es que no te pase nada grave, que tengas un futuro”. “A vos te preocupa, naturalmente, que yo tenga un futuro. El problema es que a mí no me importa un cuerno que vos no lo tengas” dijo, francamente sombrío, lustrándose los zapatos, que se le cubrirían inmediatamente de polvo caminando por las calles polvorientas del balneario. “No creo que no te importe tener o no un futuro. Y este asunto, el lío en el que estás, creeme, es grave”. “¿Cómo cuánto de grave?” preguntó, distraído, impaciente. “Grave como caerse de una cornisa desde cien metros de altura”. “Habla claro o dejate de joder”. “¿Te parece que la de ustedes es una relación viable?” formulé, tratando de mantener el diálogo, por demás inestable, en términos razonables. “No lo es” admitió, sin más. “¿Entonces?”. “¿Tengo alternativa?” preguntó concluyente luego de mirarme en sus ojos largos segundos, inquisidor, a través del espejo.

Se estaba poniendo ropa fina y cara. Ropa –y calzado- que no eran como para salir a dar una vuelta por el balneario. Eso ya era raro. Elías tenía un sentido muy agudo del atuendo adecuado. “¿Eh? ¿Te parece que tengo alternativa?” insistió, entre indiferente y desafiante. Pese al tono desagradable me dio toda la impresión de que me estaba repitiendo la pregunta con la esperanza de que tuviera yo una respuesta útil para darle. “Podés iniciar un psicoanálisis” propuse, en la tontera total, sorprendido por su inesperada presunta esperanza. Me miró otra vez en sus ojos, a través del espejo. “Prometo hacerlo” dijo, sin más, juiciosamente. Y agregó: “Ahora dejame en paz”. “Y para evitar males mayores” insistí “en lo inmediato podés tomarte un avión y terminar tus vacaciones lo más lejos de aquí que se te ocurra. Decile a Anatol que tenés que hacerlo. No te niega nada”. “Ya basta. Eso no pienso hacerlo. De todas maneras apenas regresara volvería a verla y todo sería igual”. Había terminado de vestirse. Se abrochó el botón superior de la camisa. “¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a salir a buscarla?” pregunté a la desesperada, como la esposa cornuda que ve salir de noche a su marido de punta en blanco. “No sabría dónde buscarla” aseguró, indiferente. “Yo diría más bien que voy a salir a encontrarla”. “¿No te da vergüenza? ¿Perdiste toda la dignidad?”

estallé, impotente. Una vez más me miró en el reflejo de sus ojos. Y dijo, como si se lo dijera a sí mismo: “No tengo vergüenza. Perdí toda la dignidad”. Así de obsceno puede resultar, llevado al extremo, eso que llamamos amor. Si Elías accedió a este último diálogo con la secreta –secreta para sí mismo ante todo- esperanza de que dispusiera yo de algún argumento que le sirviera de algo contra la fuerza terrible que lo arrastraba, estaba claro que ese último intento había sido otro fracaso.

...

Estuvo un rato largo dando vueltas por el centro del balneario. Tomando un refresco aquí y un helado allá, paso a paso acercándose, sin saberlo, al punto de encuentro. Terminó bajando a la playa –con sus hermosos zapatos italianos combinación de cuero y gamuza- cerca de donde la noche anterior había bajado con Clarisa. Quizá con la intención de ir a llorar su desesperación en aquellas mismas arenas que quizá conservaban aún el molde de sus cuerpos –hacía dos días que no soplabla la más mínima brisa, pero para esa misma noche se esperaba que arrancara un gran pampero. Deambuló sin rumbo, como un borracho al que se le ha perdido una llave en un arenal. Hasta que de pronto se le vino encima el ruido del motor de un cuatriciclo. Venía con las luces apagadas, puesto que está prohibida la circulación en la playa.

Se detuvo muy cerca. Una silueta ágil saltó a la arena y corrió hacia los médanos. No vio a Elías porque no había luna. Elías no dudó en seguirlo, como si supiera. Comprendí, como por contagio, su intuición. Le grité sin voz que no, que no lo hiciera, que no fuera. Los vio. Aún así, sin luna, sin más luz que la de las estrellas –veladas por la humedad que se había ido adensando durante el día-, las dunas, tan blancas, resplandecían, como si hubieran guardado algo de la luz del sol, y recortaban las siluetas. Eran dos, y ella. El pelo cortito, el perfil delicado, los hombros un poco huesudos. Era ella. Me desgañite gritándole con esa mi voz que sólo él podía oír y que no oía.

Uno, tendido en la arena, la tenía a ella montada encima. El otro, el recién llegado, se sacaba el pantalón a tirones liberando una gran verga amenazante. Ella no estaba siendo forzada a nada. Galopaba de lo lindo y no se privaba de expresar a gritos su disfrute. Ahora sí era para mí evidente que estábamos en zona de peligro, de muerte, pisando la

recta final. Me desgañitaba. Cualquier cosa le gritaba. “¿Vos te creés que las mujeres son lo único que hay en el mundo?” le gritaba. “¡Hacete puto si querés! ¡Pero por favor, te lo ruego, salí de acá ahora mismo!”. Inútilmente. Mi voz le decía menos que el grito de un murciélago, o de alguna de las aves de presa que salen a cazar tucu-tucus de noche en el monte costero.

Vil burlesco de siluetas. Clarisa galopa a su fulano y mira ansiosa por sobre el hombro, gozando de la inminencia del otro. El otro monta también sobre su compadre, detrás de Clarisa. Se escupe la mano y busca el culito de la muchacha. Ella deja de agitarse, se inclina hacia delante para facilitarle. El tipo la emboca con la precisión que seguramente le faltaba en todas las demás cosas de su jodida vida, y empuja. Clarisa grita, pero no hurta el cuerpo. Su grito se apaga en el aire pesado, denso, sudoroso. Elías se ha abierto el pantalón y su verga apunta hacia las siluetas, tensa como un perro perdiguero que husmea la presa, tenso el cogote, vibrante la nariz.

Sería torpe e inadecuado decir que Elías gozaba de aquello. Era otra cosa, era estar frente, cara a cara, con aquello de lo cual no tenía ni la más mínima idea que era lo más esencial de su deseo: ceder lo que se ama al que menos se lo merezca. No estaba fuera de aquello, se sentía uno con aquello. Y jamás, ni por todo el oro del mundo, hubiera hecho algo que molestara siquiera por un instante el goce brutal de aquella que aun en su inmolación obscena, o precisamente en su inmolación obscena, era lo más digno de amor que él pudiera imaginar. Se prendió de su verga con la avidez con que un adicto se mete droga en el cuerpo.

Eran solo siluetas. Seres sin espesor. Humo dispersándose en el aire denso por la humedad. Clarisa acabó a grito pelado. ¿Cuánto sabría ella de aquellos excesos? ¿Los había probado antes? ¿Ser serruchada por dos vergas tal y como puede una liebre ser destrozada por dos lobos? En el grito su cuerpo delgado se arqueó y se arqueó hasta que se venció, como la cuerda de un arco que ha soltado la flecha. Liberado su cuerpo por el grito de goce de Clarisa, Elías también acabó. Con la verga hinchada al máximo soltó una gran escupida de semen, con tanto ímpetu que temí que se estrellara contra el vil burlesco de siluetas haciéndolo estallar como una piedra hace estallar una gran vidriera.

¡Ah, si eso hubiera pasado! ¡Si todo hubiera estallado y eso hubiera sido todo! Quizá los patanes le hubieran dado al infeliz una paliza y se hubieran ido, felicitándose, palmeándose las espaldas, y la minita hubiera venido a recoger a su héroe lastimado, y se hubieran ido quizá al refugio, al apartamentito, para abrazarse con ternura y llorar juntos toda la noche, y quizá, quizá jurarse no volver a incurrir en sus debilidades, en sus vicios complementarios, en esos vicios que se retroalimentaban emponzoñándose mutuamente, como un alacrán que se clava su propio aguijón y se mata con su propio veneno. Ese hubiera sido un buen final, un final redentor, uno que salvara para mí la vida de Elías, para que un día me tocara a mí apropiarme, adueñarme de su cuerpo milagrosamente salvado de la tragedia.

Pero no fue así. Y ninguno de los dos patanes había eyaculado. Tenían más para Clarisa. Les pareció una idea brillante intercambiar posiciones, cosa que hicieron. ¿Quién hubiera podido impedirselo? No Elías, que presencié el cambio de guardia sin rabia y sin indiferencia, picado nuevamente, pese a la descongestión de su miembro, por el aguijón del deseo. También Elías, y Clarisa, querían más. Clarisa, pasiva y laxa, se acomodó sin quejas a las nuevas penetraciones. Colaboró menos. Quizá por pasiva los patanes le decían cosas, que no llegábamos a oír pero que a ellos les provocaban risas estruendosas. El que la tomaba desde detrás le daba sonoros cachetazos en las nalgas. Y así un buen rato durante el cual Elías alcanzó un estado de erección tal que a mí francamente me asustó. Pensé que se le iba a reventar aquello.

Clarisa acabó otra vez, con un gemido tan manso que, más que una expresión de placer, me pareció un pedido de clemencia. Viéndola cómo ya sin respuesta seguía siendo impíamente sacudida por sus verdugos Elías sintió el deseo de saltar al ruedo, de pedir la alternativa, para soltar dentro del cuerpo exhausto y paspado de Clarisa el chijete de semen que le estaba subiendo desde los testículos. Pensó que quizá ella se hubiera alegrado de verlo participar, se habría reanimado para regalarle quizá un último orgasmo. Pero no. No podía intervenir, fue más fuerte en él el deseo de esperar a que los patanes soltaran lo suyo en el cuerpo inánime, el deseo de soportar impasible la abyección hasta el final.

Yo no podía saber que esa decisión era la penúltima decisión consciente que tomaría en su vida, ni más ni menos. Los tipos, hartos, se retiraron de Clarisa. Se pararon. Le

dijeron algo. Ella se sentó en la arena. Los tipos se le acercaron y la pusieron a chupar, alternativamente de una y de la otra verga. Clarisa lo hizo bien, con la mejor actitud. Sabía por experiencia que aquello no acababa hasta que se acababa. A Elías lo emocionó el esfuerzo, la fuerza de voluntad que le vio poner en aquella última prueba. Los masturbaba sin sacarse las vergas de la boca. Elías comprendió, con asco y con deleite, que ella conocía bien aquel tipo de fiestita. Una y después la otra, chupar y pajeear. Maquinalmente. Una y otra vez. Los patanes festejaban su empeño diciéndole cosas seguramente obscenas que apenas nos llegaban. Elías aferrado a su erección se pajeaba con saña, como si quisiera desollarse la verga. Los tipos acabaron clavándose por turno en el fondo de la garganta, mano en la nuca mediante. Se retiraron y Clarisa, en cuatro patas, soltaba arcadas y semen sobre la arena. Elías estaba al borde del final, con el semen espumeándole en la punta de la verga. Clarisa entonces los llamó. Los tipos se estaban vistiendo, prontos para abandonar la escena. Uno se acercó. Ella levantó la cara hacia él y le dijo algo, a saber qué, con un gesto que a la distancia pareció como de increpar. El tipo pareció dudar. Se volvió hacia su compadre y le dijo algo. El otro le respondió. Entonces soltó una cachetada en la cara de Clarisa. Ella volvió a levantar el rostro y le dijo algo. El tipo le soltó otra cachetada, mucho más fuerte. Clarisa ya no respondió. El otro se acercó entonces y le soltó a su vez una cachetada tan fuerte que la acostó en la arena. Elías detuvo la paja en el borde del orgasmo jadeando y llorando. ¿Llorando de qué? De placer. ¿De qué si no? Así fue, y de ninguna otra manera.

...

El motor del cuatriciclo desgarró el silencio de la noche y se alejó, furioso como un tábano, hasta desaparecer. Entonces Elías, itifálico hasta el dolor, se acercó a Clarisa, lentamente, temblando, pensando encontrarla desmayada. O llorando. No era así. Muy tranquila Clarisa respiraba hondo, mirando las estrellas, más lejanas que nunca, empalidecidas por el velo de la humedad. Lo esperaba. “Vení” dijo, abriéndose de piernas. “Cogeme como sólo tu pija puede cogerme”. Elías cayó de rodillas entre sus piernas. Miró el hueco en penumbras que Clarisa le ofrecía. En la oscuridad, postrada y abierta, Clarisa le parecía una enorme araña, una divinidad y un abismo. En el resplandor de la locura que lo poseía creyó comprender que esa visión sobrenatural era el núcleo más secreto de su amor por Clarisa. Se inclinó hacia delante y la penetró, y a la vez sus labios se pegaron a los labios de la muchacha. Los olores y los jugos de los

patanes eran el cemento que los unía hasta fundirlos uno en el otro. Clarisa se colgó con brazos y piernas del cuerpo de Elías. Fue la única vez que cogieron. Pero cogieron cruzando un límite a partir del cual ya no hay retorno. Fue la única vez porque aquello no podía volver a sucederles. No había más, nada más era posible después de aquello. Elías sintió cómo sus cuerpos se volvían luz, y cómo la noche entera se volvía luz, y cómo todo de pronto era una luz tan intensa que los devoraba aniquilándolos.

¿Qué tenía yo para hacer o decir allí? Nada. Comprendí que aquello era todo. Pedí que si existía alguna instancia superior, los bendijera y se ocupara de lo que quedara de ellos para el caso de que mis presagios y mis advertencias resultaran exagerados.

...

Sara, al borde del ataque de nervios, estaba medicada, y Anatol no quiso separarse de ella, de manera que fue Imelda la que llevó a la funeraria la ropa —el traje blanco de lino, favorito de Elías, y su camisa celeste de seda— con la que debía ser preparado. ¡Nada menos que la pobre Imelda, que no sólo lo había visto nacer, sino que lo había cuidado como si fuera un verdadero príncipe arcangélico a lo largo de toda su infancia y su adolescencia! Para cuando llegó a la morgue Imelda había digerido ya todo el horror que significaba para ella la tragedia y había transformado su resignación en la decisión de ocuparse de él por última vez hasta el último detalle.

Lo encontró cubierto con un lienzo sobre una mesa de trabajo, de baldosa blanca, con canaletas a los lados para drenaje de los eventuales fluidos corporales hacia un resumidero. Imelda dejó claro de inmediato que ella se ocuparía de higienizarlo y de vestirlo. El empleado de la funeraria no se atrevió a contradecirla y se limitó a supervisar la tarea. Cuando el hombre retiró el lienzo de encima del cadáver, Imelda se quebró. El gesto de resignación y de carácter de su rostro se descompuso y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Con las yemas de los dedos temblorosos recorrió el costurón longitudinal y el transversal, apenas rozándolos, como si las terribles heridas estuvieran aún en carne viva. Sus lágrimas regaron la piel cenicienta. Recorrió cada centímetro de piel con algodón humedecido en el agua de colonia favorita de Elías y después lo vistió, lenta y tan cuidadosamente como él mismo se vestía, susurrándole incesantemente las palabras de amor que sabía que su niño amado, en la soledad de la muerte, necesitaba.

El caudal de sus lágrimas se multiplicaba al recordar, inevitable y minuciosamente, las innumerables veces en que se había ocupado de ese cuerpo, desde el momento mismo en que nació. Quizá porque sobre su mesa de luz tenía una foto tomada en esa circunstancia, su memoria terminó por anclarse en aquella mañana en que lo vistió para la ceremonia de la Primera Comunión. El niño estaba emocionado y observaba con suma atención los cuidados que Imelda le prodigaba sin dejar de recordarle, hablándole bajito, la importancia de la ceremonia en la que participaría. Imelda recordaba la corbata de tela brillante, gris perla, y la gran moña de la misma tela en la manga derecha de la chaqueta del uniforme del colegio, y el ensortijado cabello del niño que ella misma había peinado hacia atrás con gomina, y los ojos dulces y profundos de Elías que de pronto la miraron a través del espejo como diciéndole: “Mirame bien, Imelda, porque así es como vas a recordarme cuando esté muerto”.

Debo decir que esa época, precisamente, fue aquella en la que mejor nos llevamos Elías y yo, aunque ya por entonces lo que él llamaba mi gruñonería y mi temor a todo lo que a él le parecía que valía la pena, demasiado a menudo lo llevaban a prestarme oídos sordos. Era como era y resultaba imposible influir en su sensibilidad, y a la luz de los hechos creo que ya entonces incubaba su triste destino, como quien incubaba en las propias tripas al animal monstruoso que terminará por devorarlo.

...

Eran cerca de las cinco de la mañana cuando Imelda se sentó en la sala de velatorios a esperar que subieran el féretro. Tenía decidido no moverse de allí en todo lo que durara el velorio y luego acompañarlo hasta el final. Sentía que si a algo tenía derecho era a eso, a acompañar a su niño adorado hasta el final. Después, cuando el féretro fuera depositado en la cripta familiar, sabía, se daba perfecta cuenta, de que algo se habría apagado para siempre en su vida: la alegría de ver crecer a su muchacho. Esa herida nada se la curaría, esa cicatriz con nada se borraría. Se sumaría a las cicatrices que la vida le había deparado..

A semejante hora sólo una persona había en el hall de la planta destinada a velatorios. Era Clarisa. Clarisa aún estaba en la edad en que tenía claro que era

demasiado poco lo que había llegado a saber del mundo y de la vida como para andar tratando de deducir la razón de lo que parecía inusual, extraño o sorprendente. De manera que, cuando vio a Imelda entrar en la sala en la que Elías sería velado, no se preguntó quién sería esa señora robusta y negra con tal expresión de tristeza en el rostro, ni qué relación podía tener con su bienamado. Imelda tomó nota de la jovencita hundida en un sillón del hall y no dejó de preguntarse qué triste circunstancia la tendría allí a esa hora. La muerte de un familiar muy cercano, probablemente.

Como todos en el balneario Clarisa se había enterado por la tarde de lo sucedido. En su joven vida nadie que le fuera cercano había fallecido, de manera que no tenía la experiencia pavorosa de la desaparición definitiva de alguien importante para uno. Como suele suceder en esos casos, la información –Elías fue encontrado muerto en la playa, no se sabe qué le pasó- no se abrió camino hacia lo profundo de su ser, permaneció, impermeable en su carácter de hecho inconcebible, en la superficie de su conciencia. Todo lo que tenía Clarisa era una fuerte sensación de extrañeza, de que aquel hecho tenía un peso, una densidad de la que no conseguía darse cabalmente cuenta. Elías, su amor, aquel en quien había reconocido al ser único, especial y esencial al que estaba destinada, estaba muerto. Había muerto sin duda poco después de separarse de ella en la playa. No se sabía qué le había sucedido.

Inventó una excusa, hizo el bolso, se despidió de su tía y se tomó un ómnibus de regreso a Montevideo. Sus padres estaban en Punta del Este. Llamó por teléfono una a una a las funerarias más conocidas explicándoles a las telefonistas que un amigo de nombre Elías había muerto y que estaba tratando de ubicar el lugar donde sería velado. Finalmente dio con la empresa. Le explicaron que aún no había comenzado el velorio. Cenó frugalmente y trató de dormir. No pudo. A las cuatro de la mañana se vistió lo más sobriamente que pudo –el color negro definitivamente no era uno de sus favoritos-, llamó un taxi y se fue a la funeraria.

...

Serían casi las seis de la mañana cuando el ascensor se detuvo en el hall de la planta de velatorios, las puertas se abrieron y dos empleados en ropa de fajina empujaron fuera un carrito sobre el cual llevaban un féretro –cerrado. Lo llevaron hacia la sala prevista



para Elías. Por primera vez Clarisa sintió físicamente el golpe. Dentro de esa caja de madera brillantemente barnizada iba Elías. Iba el cuerpo de Elías. Iba el cuerpo que había abrazado con todas sus fuerzas deseando ser penetrada y llenada por él tanto como se pueda serlo. Se le hizo un nudo en la garganta, la recorrió un escalofrío y la náusea le dio vuelta el estómago hasta marearla. Aquello –que ahí dentro estuviera Elías- era inaceptable, insoportable. Demasiado terrible. No podría acercarse y verlo. Pensó en irse. En tomar el primer ómnibus para Punta del Este, en sumergirse otra vez en la vida. Nadie lo sabría. Nunca. Nadie sabría que no pudo, que huyó. Nadie sabía nada y nadie sabría nada.

Pero no pudo. Oscuramente comprendió, mientras los minutos pasaban y veía a los operarios regresar al ascensor con el carrito vacío y desaparecer, que tenía que vivir aquello. Que de aquello no podía huir. Que ahí dentro de la sala había algo que le estaba destinado y a lo que no podía renunciar. Sintió que no estaba concurriendo al velatorio de Elías sino a una cita con Elías. Entró en la sala caminando casi en puntas de pies. Como si temiera molestar –no digamos despertar- a alguien. Se dirigió a la capilla ardiente. En la penumbra estaba Imelda, sentada a un lado del féretro, con ambas manos sobre la cartera que descansaba sobre su regazo. Cuando vio a la chica que esperaba en el hall entrando en la capilla ardiente, Imelda súbitamente comprendió. Lo vio en la manera rígida y como contraída de caminar de la chica, como esperando recibir un golpazo. Lo vio en su boca abierta, en su jadeo, como si casi no pudiera respirar. Lo vio en la mirada fascinada y aterrorizada fija en el féretro, como si esperara de lo que allí la esperaba una revelación que no podría soportar. Supo que esa preciosura de muchacha había tenido amores con su niño.

Clarisa vio a Elías y le pareció dormido, como en la mañana que amanecieron juntos, cuando después de mirarlo un rato dormir, lo despertó con besos. A Imelda los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez y experimentó una enorme ternura hacia la muchacha. De alguna manera esa muchacha era parte de él, de Elías. Le pareció que era como un último regalo que su niño le hacía, presentarle a su noviecita. El temor había dejado paso en Clarisa a la expectativa y al desconcierto, miraba a Elías como si algo fuera a suceder, como si algo tuviera que suceder. Imelda los imaginó juntos, bellísimos, abrazándose. Pensó que era una chica especial, con una pureza y una dulzura de expresión conmovedoras. No dudó que Elías la habría querido de verdad. Sintió que

ahora sabía algo del muchacho que seguramente a nadie había confiado, algo que sólo ella sabía. El orgullo se le mezcló con la tristeza y alimentó los lagrimones que le bajaban por las mejillas y que no secó para no perturbar con su dolor a la viudita, de manera que terminaron por caer desde su mentón sobre la sarga negra de su chaqueta.

Clarisa miraba única y fijamente los párpados de Elías, segura de que en cualquier momento temblarían y dejarían paso a la mirada. No quería perderse ese instante. El tiempo dejó de tener sentido para ella. Sólo contaba la espera del instante mágico. No podía no suceder. Le parecía que si dejaba de mirar esos párpados, si ella misma parpadeaba, el instante mágico podía pasar y perderse, y sería culpa suya que los párpados de Elías no se abrieran. Tenía que llegar a adivinar el temblor que precedería al instante mágico y si se lo perdía, si se perdía ese temblor el milagro no sucedería. No podía, no debía pestañear porque ese temblor en los párpados de Elías seguramente no duraría siquiera un pestañeo. La fijeza absoluta de Clarisa tenía algo de locura, de catástrofe del alma. Imelda empezó a inquietarse. Algo le pasaba a la viudita. Como si fuera a colapsar, a soltar un terrible aullido y desplomarse. Imelda sintió que tenía que hacer algo. En realidad Imelda sólo estaba verdaderamente a gusto en este mundo cuando tenía alguien que no fuera ella misma de quien ocuparse. Así la había hecho la vida.

En realidad, lenta como un barco que avanza en la niebla más cerrada, una idea simple pero sorprendente y contundente estaba tomando forma en la mente de Clarisa. Los párpados de Elías no temblarían, sus ojos no se abrirían nunca más, nunca más volvería a mirarla. Elías estaba muerto. Era lo que tenía para decirle el fallecido a la doliente. Se habían amado, con un amor súbito, instantáneo y absoluto, y terrible, pero su amor no era ya más que un recuerdo. Clarisa despertó. Su espíritu, sorprendido, aterrizó en su cuerpo. Comprendió que no tenía más nada que hacer allí. El cuerpo de Elías no tenía más nada que decirle. Dio un paso atrás. El fallecido la dejaba ir, sin resistencia. Imelda, alarmada por la intensidad de la entrevista pensó en pararse, en acercarse a la muchacha, quiso hacerlo, abrazarla, pedirle que le contara todo, decirle que hablando se consolaría y que haciéndole conocer el secreto de su niño la consolaría a ella. No se atrevió a hacerlo, por supuesto. Hubiera sido inútil de todas maneras. Clarisa no le hubiera dicho nada. Clarisa sentía que Elías se había sepultado en el silencio de su alma, en el silencio del alma de su amada. De hecho, sesenta o setenta

años después –lo supe sin lugar a dudas- Clarisa se llevaría a la tumba el secreto de su único amor verdadero.

...

Sin verlo supo todo el tiempo que Elías estaba viéndola entregarse a los patanes. Saberlo gozando en la sombra multiplicaba su propio goce. De alguna manera, haber encontrado el amor era para Clarisa haber encontrado aquella mirada, única, que podía multiplicar su goce al infinito. Se dejaba ir segura de que en cada vuelta de tuerca de su desenfreno el goce de Elías, y su amor por ella, se potenciaban. Cuando ya la cosa no daba para más hizo algo que alguna vez la tentó pero que nunca se había atrevido a encarar: provocó a los patanes para que le pegaran. Y cuando finalmente tuvo delante a Elías, con esa gran erección que parecía resplandecer en la noche, vio el pavor y el deseo en su mirada con una fuerza tan invencible, tan incorruptible, que sólo pudo decir lo que le dijo, que sólo su pija podía cogerla verdaderamente.

Cuando Elías la penetró y la besó en la boca, ella, en su cuerpo mancillado y manchado hasta la náusea sintió una pureza última, final e intocable, pureza final que era lo que verdaderamente tenía para dar amando. Creyó que simplemente lo recibiría, que ya no había en ella energía como para recorrer una vez más el camino del orgasmo. Se limitó a abrirse y abandonarse a la potencia enloquecida con que Elías hurgaba en lo profundo de su cuerpo. Pero entonces, maravilla de las maravillas, desde lo más abierto de su ser, implacable como un amanecer, el goce comenzó a filtrarse hasta el último rincón de su cuerpo, convirtiéndola en un ser ingrátido y fosforescente. O así, al menos, le parecía, cada vez menos consciente de toda otra cosa que no fuera el avance de un éxtasis que la desconectaba de todo lo que no fuera la punta de la verga de Elías, que no fuera esa boquita que terminó por abrirse para entregarle, como una ostra entrega su perla, una sola, densa, dura gota del destilado ambarino y salado del amor. Fue lo último que supo Clarisa de Elías vivo, porque vencida por el agotamiento, abrazada al calor de su amado, se durmió profundamente para sólo despertarse cuando el frío de la madrugada se acentuó con los primeros empujes de la sudestada.

...

Al sentir a Clarisa sumida en el sueño Elías se puso de pie, muy lentamente, de manera que al abandonarla el peso y el calor de su cuerpo, no se despertara. Una sensación total de asco se apoderó de él mirando a la muchacha dormida en la arena. Su cuerpo se arqueó como para expulsar un demonio, como si en el abyecto frenesí se hubiera tragado un demonio repugnante e indestructible. “No” era todo lo que fue capaz de pensar. Se esforzó por pensar en Clarisa como una putita, una infeliz indigna de más atención que la que lleva echarle un polvo rápido y a la intemperie. ¡El pobre trataba así, desesperadamente, de perdonarse la necesidad de verla cogiendo con otros para poder cogérsela él! Si hubiera logrado pensar así a Clarisa, entonces lo vivido no hubiera sido más que ceder un poco al morbo, al lado oscuro que todos estamos dispuestos a concedernos. Nada que uno no pudiera sacarse de encima con un baño caliente y un poco de penitencia.

Pero no. No era así. No era eso. Era lo otro. Lo peor. La amaba y sólo así podía desearla. Tuvo que aceptar la realidad, zambullirse en ella, y entonces el asco se le hizo imposible de soportar. Sintió que aquello lo ponía al borde del abismo, de la locura. Pensó que si tuviera a mano una piedra se hubiera dado a sí mismo en la cara con ella, hasta aplastársela. Cosa totalmente imposible para él: desde la más tierna infancia no había algo que lo horrorizara más que la idea de su cuerpo maltrecho, devastado. Por lo demás, todo era aún peor. ¡Peor! ¡Peor! ¡Peor! ¡No sólo la amaba y sólo así podía desearla, además ella parecía incapaz de negarle su cuerpo a cualquier tipejo que quisiera cogerla! ¡O recontra peor: ella quizá era incapaz de darse a él sin darse primero y ante sus ojos a un tipejo cualquiera! ¡Su horrible deseo y la espantosa debilidad de ella se alimentaban el uno del otro, como dos fieras que se arrancaran pedazos a dentelladas!

¿Cómo podía ser posible algo así, tan abyecto y tan perfecto en su abyección? La única posibilidad de zafar era ya no amarla, y de eso era definitivamente no era capaz, así como ella –lo sabía sin la más mínima duda- sería incapaz de dejar de amarlo. “Amor. Amor. ¿Qué es eso?” le pregunté en el colmo de la exasperación. “No es nada. Palabras. Nada es tan importante como zafar y seguir con vida”. “¿Seguir con vida?! ¿Acaso en algún momento yo pensé en matarme?” se preguntó, y se hizo la pregunta con tanto espanto que me di cuenta de que en realidad era algo que todavía no se le había ocurrido. Fueron mis estúpidas palabras las que se lo sugirieron. “¿Matarte?! aullé. “¿Y toda la vida por vivir? ¿Y la belleza del mundo? ¿Podrías hacerle algo así a

tus padres, a tu hermana, que te reverencian como a un semidiós y que de vos todo lo esperan?”. Pero ya no me oía. Estaba como en trance, incapaz de seguir pensando. Retazos de pensamientos fúnebres giraban en confuso remolino en su mente, como aves carroñeras que esperan que el que no tiene más que la muerte por delante se dé por vencido.

Pensé en sugerirle que la matara a ella. Me pareció una idea perfectamente consistente y razonable. La muchacha no era más que una silueta en la arena, apenas visible en la penumbra. Si lo hiciera en un arrebato, de un solo envión, sería en realidad como matar a un fantasma, a un demonio interior, a una sombra. Aplastarle la cabeza de un solo golpe con una piedra grande. Muchos testigos dirían que era una loquita. Una putita regalada. Habría semen de tres hombres en su cuerpo. Pero testigos recordarían a Clarisa con Elías. Recordarían la escenita en la discoteca. Elías sería uno de los sospechosos. Los análisis dirían que su semen estaba en ella. Pero no habría pruebas para inculpar a ninguno. Absurdo. Aunque Elías en un rapto de demencia la matara no soportaría después los interrogatorios, sucumbiría a la presión. Confesaría. Sería el mismo horror sólo que multiplicado por mil.

¿Lo hubiera hecho Elías de contar con la certeza de resultar impune? Quizá sí. Hubiera sido una manera de tenerla para sí, para siempre. Una manera tan segura como matarse él mismo. No volverían ambos a revolcarse en la abyección. El amor que los unía se hubiera purificado. Tanto como matándose él mismo. Y el asco estaba allí. Incontenible. Cada vez más profundo. Ya no lo dejaba pensar. No lo dejaba respirar. Sólo le volvió el aliento y el sosiego cuando dejó que la idea de quitarse la vida, redonda y nítida, se apoderara por completo de su mente. Se arrodilló y le besó los pies a la durmiente. “Vámonos ya” dijo. Ese plural me incluía. Matándose me mataba.

...

Caminó hasta la orilla del mar. Naturalmente: la gente se suicida nadando mar adentro. Pero ya con los zapatos mojados se imaginó hinchado y semidevorado por los peces. Eso no. No podía hacerse eso. Nada que le destrozase el cuerpo. Un veneno, pensó. Pero no tenía. Asfixiarse. Pero ¿con qué en una playa desierta? En casa, en la cocina, en el cajón de la mesada Imelda guardaba las bolsas de nylon. ¡Qué muerte más

dulce, simplemente dejar de respirar, sin violencias, sin destrucciones! Y encima de la mesada, en un soporte de madera, fieras y orgullosas de sus filos, estaban las cuchillas. Pero no quería ver correr su sangre, no quería sentirla manar caliente y pesada, rumorosa, escurriéndose por sobre su piel, manchando su ropa, que tanto le gustaba. Y de ninguna manera se quitaría la vida en casa, donde dormían sus padres y su hermana, e Imelda, que tan bien lo había cuidado y que lo quería tanto. Sería traicionar y mancillar obscenamente el descanso de todos ellos. Algo horrible, como cagar y mear sobre la cama de sus padres.

Tendría que ir a buscar las bolsas de nylon y volver a la playa, o irse al monte. ¡Pero no! ¡Imposible! Imposible esperar tanto, tantos minutos, ahora que la decisión estaba tomada. “Ya, ya mismo, ahora, que venga mi muerte” pensaba desesperado. “No quiero ni puedo soportar ni un minuto más el infierno de ensuciar un amor tan puro”. Y conste que cuando el pobre formulaba la expresión “un amor tan puro” no se refería con ella a ninguna abstracción sentimental. Su delicada sensibilidad podía tocar –como los dedos pueden tocar la piel- el hilo de pura espiritualidad que los unía. Era ese hilo inefable - algo así como la prueba ontológica, irrefutable del amor que los unía- lo que Elías ya no podía soportar que se siguiera sumiendo en la abyección. Desaparecido él Clarisa estaría liberada, seguiría su vida como si él nunca hubiera existido, o recordándolo cada día de su vida, o como fuera. “Quizá entre en un convento” pensó el desdichado.

Entonces fue que -¡desgracia de las desgracias!- astuto como me creo, en su propia desesperación creí ver una esperanza. “Desdichado que no oís consejos ni advertencias” le dije “por lo menos, y si no hay más remedio, escuchá esto: podés morirte de sólo quererlo, sin necesidad de más aparato”. Y en esto, justo en esto, el pobre infeliz vino a hacerme caso. “¿Cómo es eso?” preguntó. Juro que todo lo que yo quería era alejarlo de aquel momento terrible de su decisión. “Son cosas que no se saben a tu edad” le dije, taimado y convincente. “Buscás un lugar en el que nadie pueda interrumpirte ni distraerte, te instalás ahí y te quedás completamente quieto, completa y absolutamente quieto, y te concentrás en la idea de que tu corazón se detenga”. “¿Y con eso alcanza?” preguntó maravillado. “Con eso alcanza” le aseguré. El método lo sedujo completamente. No quedaría la más mínima huella que afeara o deteriorara su cuerpo. “Gracias” me dijo, conmovido por lo que imaginó ser mi voluntad de ayudarlo en semejante trance. “No podía ser que estuvieras siempre a mi lado sólo para romperme

las pelotas llevándome sistemáticamente la contra y sirviéndome siempre para nada” agregó no sin afecto. Corrió. Se dejó llevar por la primera brisa que anunciaba tempranamente la sudestada. Corrió hacia su refugio entre las dunas más altas, el lugar perfecto para el sueño eterno. Respiré aliviado. Creí que mi truco resultaría. El agotamiento emocional sería mi aliado. Al rato de estar tendido inmóvil en su lecho de arena, concentrado en morirse, se quedaría dormido. Y mañana... mañana sería otro día. Lo importante era pasar esa noche espantosa. Ni por un segundo pensé que el método para suicidarse que le inventé, funcionaría.

-----